

**COLÓN.
VERSOS DE ARTE MENOR POR UN VARÓN ILUSTRE**

*COLÓN.
VERSOS DE ARTE MENOR POR UN VARÓN ILUSTRE*

*A todos los que, desde 1967,
han formado parte del Grupo Cátaro*

Se ha dicho que España es un país con poco sentido económico; que lo que nos sale del fondo del alma es lo caballeresco, lo heroico, y no lo Nacional, y que por eso recurrimos frecuentemente a la improvisación y apelamos al milagro. Pues bien, con mi antibiografía sobre Colón intento demostrar todo lo contrario.

A. MIRALLES

Esta obra se estrenó el 11 de diciembre de 1968 en el Teatro Español de Madrid. Sus intérpretes fueron: Jeannine Alexander, Celia Ballester, Alodia Domínguez, Alberto Fresco, Enrique Márquez, Enrique Ruiz, Mercedes Sampietro, Pablo Valenzuela, Pedro Vidal, Emilio David, María Agustina Solé, Armando Aguirre, Luis Martret, Carmina Garnachu, María Luisa Morera y Antonio Bolinche.

Escenografía y figurines: José Mallofre.

Dirección: Alberto Miralles.

Personajes

Personajes que no deben ser doblados:

COLÓN

REY

REINA

Y un CORO de 8 o 9 actores (4 mujeres, 5 hombres) que interpretarán el resto de personajes.

El ahorro considerable de la nómina no es amor a la empresa, sino convencimiento profundo de que el público agradecerá el esfuerzo del actor por ofrecer una multiplicidad interpretativa.

ACTO PRIMERO

Entre el público, subiendo por jarcias, entre grandes velas ahuecadas, tendiendo redes, los MARINOS trasiegan por la fingida cubierta y en su faenar van produciendo ritmos transformados más tarde en canción. Al aviso, se retiran, y oscurecida la sala, un foco ilumina al MACERO que, por costumbre afrancesada, va a dar los tres avisos. Tras los dos golpes, solemnes y espaciados, yerra el tercero y se desgarrá el pie y la garganta, esto por gritar del dolor de aquello. Hace mutis cojitranco, prohibiéndose insultos a su puntería y desde dentro chista «telón», pero si no lo hubiere bastará con un cambio de luz y la voz dirá «va, va», lo que será de sin importancia, dado que el público estará riendo.

(La luz del hueco de una puerta se proyecta sobre el escenario. Enmarcado en ella, la silueta de COLÓN oye los gritos de una mujer.)

MUJER.— ¡Cristobao! ¡Cristobao!

COLÓN.— No, Teresa, no. Olvídame. Tú me has esclavizado con el matrimonio y con los hijos y Dios... *(Gesto de estudiado misticismo.)* Dios me pide libertad para mejor cumplir su misión.

MUJER.— ¡Cristobao! ¡Cristobao! *(COLÓN cierra la puerta. Se iluminan ventanas.)*

COLÓN.— ¡Adiós, Teresa! No te he servido de mucho. Sabrás vivir sin mí mejor que conmigo. ¡Adiós!

MUJER.— ¡Cristobao!

(Se pierde la voz. Entrecruce de murmullos vecinales que se unen a los acordes del inicio de una música. Un hombre, docto según la ignorancia, canta en un extremo y a él van los ociosos. COLÓN escucha detenido en una huida.)

COSMÓGRAFO.— Los cosmógrafos famosos
sabios hombres todos fueron;
eran grandes estudiosos
y en tres partes la tierra dividieron;
los cosmógrafos famosos
estos nombres les pusieron,
fueron nombres muy hermosos
Asia, Africa y Europa esos fueron.
Y hacia el año del imperio
ya está la tierra explotada
no busquéis ningún misterio
más allá no existe nada,
a no ser que partas partes
o por loco hayan de atarte.

CORO.— Los cosmógrafos famosos
sabios hombres todos fueron
fueron grandes estudiosos
y en tres partes la tierra dividieron

(Mientras, el CORO bisa musitando el estribillo. COLÓN se presenta digno, agresivo y burlón.)

COLÓN.— Me llamo Cristóbal Colón y ese hombre (*por el COSMÓGRAFO*) está en tinieblas. La tierra es redonda y no se divide en tres, sino en cinco partes.

COSMÓGRAFO.— Los cosmógrafos famosos...

COLÓN.— Soy Colón el navegante.

COSMÓGRAFO.— Sabios hombres todos fueron.

COLÓN.— Fueron todos ignorantes.

COSMÓGRAFO.— Los cosmógrafos famosos...

COLÓN.— Tres partes no son bastantes.

COSMÓGRAFO.— Los cosmógrafos famosos...

COLÓN.— En tres partes la tierra dividieron (*con burla*).

CORO.— Es Colón el navegante
no hace caso de farsantes

COLÓN.— Pues conozco la llamada
del mismo Dios (*bis*)

(*Un trueno pone calambres al CORO. COLÓN, cargado de razón, les mira.*)

COLÓN.— ¿Lo veis?

CORO.— Pues conoce la llamada
del mismo Dios (*bis*)

(*Mutis del CORO con su abalanza musical y COLÓN fortalecido se dirige al público.*)

COLÓN.— Para ustedes, mi vida empieza aquí, en este momento, en un cruce de caminos. (*El CORO se entrecruza y dispersa.*)

Vengo de Portugal, donde he estado viviendo gracias a la venta de mis dibujos de cartas geográficas en las que mantengo la esfericidad de la Tierra. Aunque siempre me he preguntado si mis clientes las compraban para navegar o para decorar su *living room*. Y ahora, harto de vivir así, he decidido abordar la empresa que Dios (el mismo gesto místico, pero ahora rutinario, casi sin interrumpir su explicación) me tiene encomendado, que es, como ustedes saben... (*Adopta actitud de estatua tradicional, se espanta una paloma, sonrío, y con naturalidad continúa.*) ... ir a las Indias por el oeste y de paso descubrir nuevas tierras a donde llevar el Evangelio. ¡Pero con tanta dificultad...! El rey de Portugal no me ha hecho caso, por eso abandono aquel país buscando otro que me ayude. Sin embargo, dudo en la elección: ¿Francia? ¿España...? ¿Acaso Inglaterra?

(Tan aparatosamente como lo permita la tramoya, el presupuesto y la imaginación, aparece MARCO POLO vestido a la veneciana. Con acento italiano, habla apoyado en un gesto exuberante y pretencioso.)

POLO.— ¡Salud, Cristóforo! Permíteme que te aconseje, puesto que siempre admiraste mi aventura. Soy Marco Polo, el más insigne viajero de la Historia.

COLÓN.— ¡Maestro! ¿Vos?

POLO.— Sí, yo. En nuestro real Olimpo de los Inmortales tenemos un sillón vacío, y el consejo ha decidido que lo ocupes tú. De ahí que yo venga a ayudarte para que lo consigas.

COLÓN.— Con vuestro apoyo y el de Dios, todo será más fácil.

POLO.— Sí, con mi apoyo todo será más fácil. En primer lugar comprendo tu fracaso en Portugal: allí están muy ocupados con África; en cuanto a Inglaterra, desiste: ahora está empobrecida y no aceptará, y tampoco Francia, tan encariñada con su proyección a Italia...

COLÓN.— ¡España, pues!

POLO.— Castilla, pues. Para una empresa que es superior a los límites de lo humano, hacen falta hombres para quienes la idea lo sea todo. El castellano flaco y estirado, con olor de meseta y alfalfa, es el tipo que te interesa, pues necesita evadirse de su realidad. Ve a Castilla. Aunque la Tierra se comprenda y acabe entre Finisterre y Landsend estoy seguro de que el castellano sabrá explorar la Nada y sacar provecho espiritual de ella. Los hombres peninsulares poseen tendencia nómada; aprovecha esa condición y dales un motivo convincente para que realicen su naturaleza itinerante y cumplan con su destino en lo universal. Ve. La historia tiene puestos los ojos en ti.

(POLO le da un golpe amistoso y desaparece del mismo modo que entró, pero cantando tarantelas. COLÓN, un tanto confuso, indigesto del caudal de sabiduría de POLO, se pone finalmente en camino. Mutación de escena y el navegante entra en taberna portuaria, donde hay gran agitación marinera.)

CORO.— ¿Y decís que vuestro viaje fue peligroso?

MARINO 1.— ¿Peligroso? ¡El mismo leviatán se interpuso en mi camino!

CORO.— ¡Contad!

MARINO 1.— He navegado con rumbo Oeste, consiguiendo descubrir tierra ignorada. Cuando el rey reciba mi noticia me dará su ayuda.

CORO.— ¿Cómo eran esas tierras? ¿Cómo lograsteis libraros del monstruo leviatán?

MARINO 1.— La niebla nos protegió y logramos esquivarle, y de ese modo llegamos a la tierra en donde no hay hombres, sólo mujeres. Amazonas se llaman y son tan esforzadas en la guerra como tiernas en el amor. ¡Imaginaos: sólo mujeres! ¡Un pueblo gobernado por mujeres!

COLÓN.— Exactamente igual que en vuestra casa; si no, no acierto a comprender ni que vos volvierais de allí, ni que las Amazonas os dejaran regresar.

(Nadie le hace caso y continúan los relatos.)

MARINO 2.— Soy marino y si el rey me otorga su favor habré de llevarle a la tierra que se oculta tras el Mar Tenebroso.

CORO.— ¿El Mar Tenebroso? ¡Contad!

MARINO 2.— Tres meses navegué por el Mar Tenebroso esquivando monstruos de siete colas, hasta que al final di con una isla habitada por belicosos gigantes con un solo ojo aquí, en la frente.

COLÓN.— A fe que sus mujeres no sabrán entonces dónde ponerles los cuernos.

(Algunos fabuladores van hacia COLÓN, pero un nuevo embustero interviene pidiendo prenda líquida para embobar a la concurrencia.)

MARINO 3.— ¡Vino! Necesito recuperara mi ánimo tras el viaje. Imaginad que mi barco, perdido el rumbo tras la tormenta, navegó hacia el sur, hacia el sur, siempre hacia el sur, y en tanto bajábamos, el calor era cada vez más poderoso. Los infiernos mismos no quemarían tanto.

CORO.— ¡Los mares hirvientes del Sur! ¡Contad!

MARINO 3.— ¡Vino!

CORO.— (*Pidiendo.*) ¡Vino!

(*Se pasan un jarro que achica el MARINO con presteza.*)

MARINO 3.— Los hierros del barco al rojo, la madera carbonizada y las aguas del mar hirviendo con mortales burbujas de azufre. ¡Vino!

CORO.— (*Llenando todos a la vez su vaso.*) ¡Vino!

MARINO 3.— Sea como fuere, logramos atravesar los mares del sur, no sin algún descalabro y llegamos a una tierra que bien pudiera ser la del propio Adán antes del pecado.

CORO.— ¡El Paraíso? ¡Contad!

MARINO 3.— ¡Vino!

CORO.— ¡Vino!

(*El MARINO cuenta sus fantásticas aventuras apoyándose en los ingenuos que pagaron su vino. Con frecuencia da traspés y envenena el aire con su aliento.*)

MARINO 3.— Si el rey me da su protección, fletaremos barcos de conquista. Aquella tierra poseía ríos de plata y árboles con frutos de oro.

COLÓN.— ¿Y qué comisteis, pues? Por lo que puedo apreciar, vuestro estómago está más habituado al líquido que al metal.

(*Los disparates se suceden ahora con gran confusión, mientras crece la impotencia de COLÓN.*)

MARINO.— Yo conozco un camino para llegar a la otra parte de la Tierra en donde los hombres andan cabeza abajo.

MARINO.— Sé que la Tierra tiene forma de higo.

MARINO.— La Tierra es plana y está suspendida en el espacio por el dedo de Dios.

MARINO.— Puedo navegar por el Mar de la Bruma hasta la isla de las Brujas.

MARINO.— La Tierra no es redonda: tiene forma de teta de mujer y en el pezón, esto es, en la parte más alta, se encuentra el paraíso terrenal.

(*Arrastrados por las quiméricas tierras, todos cantan, perdidas sus miradas en lejanos horizontes.*)

TODOS.— Mira al mar, marino
que allí mora tu destino.
Si el rey me da un navío
gentilhombre he de volver.

(Un nuevo MARINO, visionario, toma su vez.)

MARINO 4.— Ya no digáis más necedad
cerrad la boca,
si el tesoro queréis ver
del mismo jardín de Adán:
vergel con frutos de coral,
de oro el manzano;
fuentes que escupían ley
ley de ley para acuñar.

*(La MOZA de la taberna interviene ahora, rijosa y bur-
lona.)*

MOZA.— Aquí diré la gran verdad
dadme tasajo.
Si el lugar queréis saber
del agua que hace inmortal
en mí el milagro podréis ver
nadando un rato
pues yo soy la prueba fiel
de que doy liebre por gato.
Si el lugar queréis saber
del agua que hace inmortal
que en mí el milagro podréis ver
tocando un rato
pues teniendo treinta y seis
aparento treinta y cuatro.

*(Ríen, cantan el estribillo, beben, bailan con la MOZA
que a nadie rechaza, hasta que COLÓN grita para que
cesen los despropósitos.)*

COLÓN.— ¡Oh, basta!
Agotáis mi paciencia:
(*Al público.*) Hay demasiada competencia.
MARINOS.— (A COLÓN.) Y vos, ¿sois marino?

(*COLÓN se transfigura y mirando a los cielos adopta ademán de extasiado.*)

COLÓN.— ¡Por la gracia de Dios!
MARINOS.— ¿Por dónde viajasteis?
COLÓN.— ¡Por mares de fe!
MARINOS.— ¿Y descubristeis?
COLÓN.— ¡El peso de la misión divina!
MARINOS.— ¡Es un loco! ¡Es un misionero! ¡Dadle limosna y que se vaya!
¡Fuera!

(*Se reanuda música y baile tras asustar al navegante con buenos puños marineros. El final del canto sirve para recoger atrezo.*)

COLÓN.— (*Contenido.*) ¡Señor, qué fatigoso es tu peso!

(*La aparición de MARCO POLO siempre en un medio de transporte diferente: aerostato, velocípedo, nubes con brida...*)

POLO.— Pero ¡Cristóforo! ¿Nunca aprenderás? ¿Por qué hablas de Dios a marinos que sólo desean oír aventuras del Diablo?
COLÓN.— Maestro, estoy cansado. Es un nuevo fracaso. Dios ha puesto en mí más fe que fuerza y yo no soy tan sólo espíritu.

(*Muy paternal, MARCO POLO envuelve a COLÓN en sus brazos acuchillados y las telas caen por su pecho, semejando jirones.*)

POLO.— Analizar lo que vale. Analizar cuánto se puede rendir en lo que se vale. Analizar lo que se rinde y se tendrá el valor humano de la perso-

na analizada. Para tirar piedras muy lejos, no tengas como meta el campanario, sino la Luna.

COLÓN.— Comprendo que lo excelso de mi misión no admite desesperanza, pero es de humanos dudar ante el fracaso. Si al menos yo tuviera, como vos, esa galanura en el hablar, acaso me fuera más sencillo. Recuerdo en vuestras memorias aquellos brillantes discursos a los venecianos...

(POLO se deshace en el regusto de la idolatría y tasca la boca de COLÓN.)

POLO.— Los recuerdas, ¿eh? ¡Qué poder de seducción tuve que utilizar! *(Ido en el recuerdo, POLO se dirige al público como imaginarios venecianos.)* ¡Pensad en la China como cantera de futuras riquezas; pensad en las maravillas de Quinsay, en los jardines de Cambalú; en la ciudad de los mil doscientos puentes, en la que a todo visitante se dan ofrendas de rubíes y esmeraldas, de perlas y brillantes. Pensad en las mujeres...! ¡Oh, las mujeres!, cuya piel es más blanca que la leche y tan suave como la propia seda, y todas ellas tan expertas en materia amorosa, que el mortal que una vez las goza no puede ya olvidarlas jamás.

(Respira hondamente, mira a COLÓN y se señala a sí mismo como ejemplo de virtudes a seguir.)

POLO.— Ve, ve a Castilla, Cristóforo. En silencio te acompaño, con mi experiencia te ayudo.

(Nuevo mutis canoro. COLÓN, fortalecido, grita.)

COLÓN.— ¡A Castilla, pues!

(Da media vuelta y se dirige al fondo en convencional itinerario. Por los laterales aparece el CORO interpretando a los castellanos: paso mecánico, frente alta, absoluta rigidez. COLÓN se vuelve y empieza a hablarles con alegría, pero pronto pierde la confianza ante la indiferencia y su brillantez se torna vacilante tartamudeo.)

COLÓN.— ¡Os ofrezco en las Indias más oro del que vuestra mente puede imaginar..., esclavos y especias, to..., todas las delicias ig... ignoradas, árboles..., sí, árboles con manjares por frutos y..., y..., y mujeres, ¡eso es!, mujeres, mujeres delicadas exclusivamente a proporcionar placer.

(El CORO se detiene en su paso y habla subiendo de tono, mientras se acercan a COLÓN profundamente irritados.)

CORO 1.— ¿Oro?

TODOS.— ¡Materialista!

CORO 2.— ¿Esclavos?

TODOS.— ¡Deshumanizado!

CORO 3.— ¿Especias?

TODOS.— ¡Sibarita!

CORO 4.— ¿Manjares?

TODOS.— ¡Glotón!

CORO 5.— ¿Mujeres?

TODOS.— ¡¡Voluptuoso!!

(Chasquean la lengua en sonoro gesto de impotente re-dención y mirando al público concluyen en tono normal y cargados de razón.)

TODOS.— ¡Claro, no es español!

(El CORO evoluciona. De él surgen tres personajes individualizados.)

MISIONERO.— Si os lleva la ambición fracasaréis como tantos otros aventureros. A las Indias hay que ir para algo que la competencia no os pueda arrebatar. Hay que transformar el oro en caridad y salvar almas de la ignorancia y del error.

INTELECTUAL.— Ridículo, ridículo. ¿No están las Indias en Levante? Entonces ¿por qué vais a buscarlas al oeste? Si la Tierra fuera redonda, lo comprendería, pero, como de todos es sabido que no lo es, estimo vuestro proyecto ridículo... ¡Ridículo!

ECONOMISTA.— Según la economía, vuestra idea es un disparate. Hoy valen las especias porque hay escasez de ellas, pero cuando se puedan comprar como si fueran perejil, los precios serán ínfimos. Y otro tanto ocurrirá con el oro. ¡Un disparate! ¡La estadística...! *(Gesto de infalibilidad en los cálculos de la ciencia.)*

(El CORO ríe burlonamente y se disgrega. La desmoralización del navegante es total. Aparece MARCO POLO y COLÓN le hace un gesto de impotencia.)

POLO.— Pero ¡qué bruto eres, Cristóforo! Yo puedo hablar ampulosamente, puedo describir y atraer con gesto exuberante, puedo hablar de placer y de riquezas porque hablo a italianos!, pero ¡tú..., tú hablas a Castilla! El castellano es seco por fuera y por dentro, calloso como la rama de vid. Las delicias de Catay son cosas demasiado materialistas para la dura austeridad castellana.

COLÓN.— ¿Qué hacer, entonces? ¡Iluminadme!

POLO.— Escucha, escucha: nunca vayas directamente al asunto. Adorna tu palabra con el gesto breve y sé preciso. Mira a los cielos con frecuencia y que tu aspecto famélico y tu capa raída tengan el valor de un hábito franciscano. A la Reina debes hablarle de fe, al Rey de la política, al economista de intereses, a los militares de honor y al pueblo de lo que quieras si sabes mezclar hábilmente el pan con la paz..., pero que todos te crean un hombre santo. ¡Ah! Y que no piensen, que no se detengan a pensar, que se muevan, que estén siempre moviéndose. Eso no te será difícil: a los españoles siempre les gustó el movimiento.

(Le golpea la espalda, le guiña un ojo y sale casi de puntillas. COLÓN, solo, pasea pensativo recordando la lección.)

COLÓN.— ... a la Reina de fe..., sí, sí, claro..., y al Rey de política, por supuesto..., a los militares..., ajá..., al pueblo... ¡Naturalmente! *(Sus pasos han sido más rápidos cada vez que se hacía la luz en su cerebro. Por fin, comprendida la estrategia, grita en éxtasis:)* ¡Me llamo Cristóbal Colón, que se traduce por portador de Cristo y de la paz!

(El CORO que antes huyera, acude ahora precipitadamente exclamando:)

CORO.— ¡Bien!

COLÓN.— Os ofrezco la ocasión de abrir nuevos caminos para el Evangelio.

CORO.— ¡Bien!

COLÓN.— En vuestras manos está el llevar la fe y la verdad de Cristo a los pueblos que viven en las tinieblas.

CORO.— ¡Bien!

COLÓN.— Oro, especias y piedras preciosas existen abundantemente en las Indias..., pero nuestra misión no puede ser humana, sino divina.

CORO.— ¡Bien!

COLÓN.— Es cierto que hay mujeres hermosas para el placer y hombres fuertes para el trabajo, pero sólo llevar la luz de Cristo es misión primordial.

CORO.— ¡Es misión primordial!

COLÓN.— Las riquezas incomparables en palacios de ensueño no interesan; salvar almas de la ignorancia es misión primordial.

CORO.— ¡Es misión primordial!

COLÓN.— Es misión primordial
conseguir nuevos mercados
para... evangelizar

(El CORO contracanta «evangelizar, evangelizar» mientras evoluciona, y de él salen los personajes de la escena anterior.)

MISIONERO.— Pensándolo bien..., el oro puede servir para levantar ejércitos que luchen contra la herejía, para liberar Jerusalén, para...

INTELECTUAL.— Pensándolo bien... ¿Y si la Tierra es redonda? Nada puede afirmarse, sino Dios. Además, hay jurisprudencia: Tolomeo, Toscanelli, Plotino...

ECONOMISTA.— Pensándolo bien..., la exportación podría servir a nuestra desastrosa economía nacional...

LOS TRES.— Pensándolo bien...

TODOS.— ... es misión primordial
conseguir nuevos mercados
para evangelizar.

(El canto sirve para la evolución y el mutis, al mismo tiempo que entra en escena MARCO POLO.)

POLO.— Y una vez convencidas las fuerzas vivas del país, esto es, el clero y los comerciantes, que todavía forman dos clases diferentes, el siguiente paso te debe conducir a los Reyes.

COLÓN.— ¡A la Corte, pues!

(El maestro de ceremonias, macero puntual, da dos golpes de aviso, amaga el pie al tercero, sonrío satisfecho y suficiente, y presenta:)

MACERO.— ¡Sus Majestades los Reyes!

(El cortejo, formado por el CORO al que se une el MACERO, entra y prepara la escena con sobriedad. Entran Isabel y Fernando. Éste se sienta en el trono antes que Isabel, que espera muy digna. Fernando se levanta con una sonrisa como disculpa, y ambos lentamente, retadores, se sientan a la vez. La REINA cabecea satisfecha mirando a sus damas, que aplauden con gestos disimulados. El REY hace un ademán a COLÓN, que habrá avanzado hasta postrarse ante ellos, para que hable. El navegante lo hace con elegancia, modestia, desenvoltura y gran dominio de la palabra halagadora.)

COLÓN.— Doy gracias a Dios Todopoderoso por haberme concedido la dicha de postrarme ante Vuestras Altezas los muy católicos cristianos príncipes amadores de la santa fe cristiana y acrecentadores de ella por esforzados combatientes de la herejía y la secta de Mahoma.

(La salutación, sin comas, da un aspecto de corrido lisonjero que casi ahoga la respiración del navegante.)

La REINA está admirada de la elocuencia de COLÓN y cambia palabras con sus damas. El REY, receloso, mira a sus consejeros, que amagan gestos de reproche.)

REY.— Me dicen que poseéis un proyecto que acaso pudiera interesar a Castilla.

COLÓN.— Durante mucho tiempo he visto y he estudiado en todos los libros de cosmografía, historia, filosofía y otras ciencias, de manera que Dios Nuestro Señor me abrió el entendimiento para que yo vaya de aquí a las Indias, y me puso gran voluntad en ejercitarlo. Es así, que lleno de este ardiente deseo, llegué a Vuestras Altezas. (COLÓN *observa mayor disposición en Isabel y a ella dedica sus esfuerzos.*) Llevaremos el Evangelio a las tierras de las Indias y salvaremos a las almas de la ignorancia. Ansío partir no en plan de colonización, sino de entrega, no para explotar una tierra, sino para dejar en ella mi vida, si preciso fuera, en pos de la alta misión que Dios me tiene encomendada.

REY.— ¿Y no será el orgullo el que os impulsa a tal empresa?

COLÓN.— Marco Polo llegó a la China, Tolomeo hace descubrimientos extraordinarios, se especula con las estrellas. En esta época se prefiere el saber, no la ignorancia. La ciencia no es rebelión. El querer llegar más allá es voluntad de Dios y no fruto del orgullo, y aunque así fuera, orgullo del hombre es dominar y descubrir... (Recitando enfático.) «Y su dominio será de mar a mar y desde el río hasta los confines de la tierra».

REINA.— Zacarías, IX-10.

(COLÓN asiente admirado. El REY cambia miradas de resignación con sus consejeros.)

REY.— Para vencer en nuestra lucha contra el moro de Granada, todo me parecería justificado, pero para buscar por el mar quiméricas tierras, toda precaución es poca.

COLÓN.— Cuando todo el mundo sea cristiano, ¿qué podrán importar unos miserables moros recluidos y atemorizados en los picachos de Sierra Nevada? «Et in finis mundi verba eorum.»

REINA.— ¡Salmo 19!

COLÓN.— Sí.

REY.— Todo lo que deduzco de vuestras palabras es que la dificultad del proyecto está no en su aspecto geográfico, sino en encontrar los medios para llevarlo a la práctica.

REINA.— (*Retadora.*) Todo lo que deduzco de vuestras palabras es que el Reino de Cristo puede ampliarse a mayor gloria de Dios.

(La REINA mira al REY, y COLÓN a ambos en un momento de duda...)

COLÓN.— La sabiduría de Vuestras Majestades es equiparable al esplendor de Castilla, rectora de todas las naciones de Europa. Cuán admirable me parece vuestra astuta precaución (*Por FERNANDO.*) y el esforzado anhelo de cristiandad (*Por ISABEL.*) En verdad que jamás la Tierra vio tan perfecta conjunción.

(Los REYES aprueban con un gesto.)

REINA.— Decidme: ¿no existe la posibilidad de que si traspasáis las Columnas de Hércules, navegaseis hacia abajo y que luego os fuese imposible remontar las aguas para regresar?

(El REY siente vergüenza ajena y disimula la barbaridad. COLÓN, tras una pausa, aguza su ingenio en la respuesta.)

COLÓN.— Majestad, vuestro temor por el fracaso de una empresa tan cristiana, proclama una vez más las virtudes de la reina que el pueblo con justicia llama Católica.

REY.— Según ciertos geógrafos, la Tierra es redonda y vos compartís esa teoría sin duda, y en ella os basáis para realizar vuestro viaje; pero ello no basta para comprender y aceptar el proyecto y los medios para hacerlo posible.

COLÓN.— (*Al quite.*) No me habléis, Majestad, de dificultades económicas... «Discamus terrena despiciere et amare caelestia.» (*Sin que se interrumpa el discurso de COLÓN, la REINA hace gesto de impotencia*

en el recuerdo de la cita bíblica.) Si se logra el fin de mi misión, estimo que jamás nadie habrá ofrecido tanto a Vuestras Majestades. Servir a la Religión en tan vastos horizontes es empresa de país predestinado a la eternidad de la alabanza.

REINA.— Si no es verdad lo que dice este hombre, por lo menos lo cuenta de manera muy hermosa.

REY.— Poseéis ideales dignos de alabanza, pero al idealista le sobra con la fe. Por eso, cuando además de creer intenta probar, cae en locura.

COLÓN.— La acción es el complemento de la fantasía y dicho está: «fides movet montes».

REINA.— Mateo.

COLÓN.— Sí.

REY.— Pruebas.

COLÓN.— Tengo muy presente la profecía de Séneca, las teorías del físico florentino Toscanelli, la metafísica de Aristóteles y las intuiciones del geógrafo Estrabón. Recorrí el mar durante veintitrés años, yendo hasta la lejana Thule. He oído a marinos que me dibujaron mapas, y más importante que todo eso: he tenido una visión de la Santísima Virgen Nuestra Señora... (*La corte se alarma.*) ... en sueños quizá, para no alarmar a la meritísima Inquisición (*Suspiro aprobatorio.*), en la que se me ordenaba cruzar de tierra a tierra llevando a Cristo sobre mis hombros. ¿Y acaso mi nombre no es el mismo que el de aquel que llevó sobre sus espaldas al niño Dios? Ved pues el mensaje divino impuesto ya a mis padres a la hora de mi bautizo... «¡Designum Dei!»

REINA.— ¡El Apocalipsis!

COLÓN.— ¡Sí!

REY.— ¡Pruebas!

COLÓN.— Os ofrezco aquí ciertos objetos desconocidos que no pueden venir de otro sitio que del lugar a donde yo me propongo ir con vuestra ayuda. (*Saca de la capa de objetos que menciona y los muestra a los REYES, que, a su vez, los pasan a sus damas y consejeros.*) Observad estas semillas y esta pata perteneciente a un ave de forma singular, y estas plumas; mirad detenidamente estos palillos labrados y esta materia reseca que hace algún tiempo debió de ser carnosa y apetecible, si no lo es ahora, según el gusto de los nativos.

REY.— ¿Y decís que hace algún tiempo este pellejo oscuro era apetecible?
¿Sabéis, quizá su nombre?

COLÓN.— Según el marino de quien la obtuve, los nativos que la cultivan la llaman patata.

REY.— ¿Pa... tata? Hum... Me resulta difícil creer que esto pudiera tener éxito en caso de importación. Dudo mucho que sea sabrosa o, cuando menos, comestible. Yo no lo probaría jamás.

REINA.— (*Quitándose a Fernando y dando un soberbio mordisco al pellejo.*) ¡Yo sí!

COLÓN.— No sabéis Majestad cuánto pueden agradeceros en un futuro los españoles vuestra confianza. (*La patata ha ido de dama en dama, quienes a su vez, con asco infinito, pero disimulándolo por no agraviar a su REINA, se la comen también.*) Poseéis tanta sabiduría como aliento de prosperidad, y dicho está que... «vos, qui secuti estit me, cedebitis super sedes».

(*La REINA va a dar la nota bibliográfica, pero el REY interviene atajando bachillerías.*)

REY.— ¡Bien! En tanto no tomemos una decisión, podréis vivir en la Corte. Mi secretario os dará doce mil maravedises anuales para vuestro sostenimiento.

COLÓN.— (*Postrándose.*) Majestades.

(*COLÓN se retira. La REINA llama en voz baja a la MARQUESA DE MOYA, su consejera.*)

REINA.— Marquesa...

DAMA.— Decid, señora.

REINA.— Deseo hablar en privado con el navegante.

(*La MARQUESA sale tras COLÓN. El REY habla con la REINA.*)

REY.— Si me lo permitís, señora, el Rey necesita hablar con sus consejeros.

(La REINA se retira a un extremo convencional con sus damas. El REY pasea pensativo. La luz delimita los espacios. Entra COLÓN por un extremo y una mujer del pueblo por otro, como si fuera la calle.)

COLÓN.— ¡Decidme, buena mujer!, la Católica Isabel, Reina por muchos años de España, ¿cómo es?

MUJER.— ¡Uy! Todo corazón y muy esforzada. Sigue al Rey su Señor a cualquier parte a donde él vaya, llevando a los combatientes de Granada el ejemplo de su sacrificio. Y hasta ha hecho voto de no sacarse la camisa en tanto el moro Boabdil no rinda la ciudad.

(La MUJER se va tras recibir propina. COLÓN se dirige al público.)

COLÓN.— ¡Aleluya! Por fuerza habrá de ser mi aliada en el proyecto de las Indias una mujer que sacrifica la higiene a Dios.

REY.— ¿Y bien?

CONSEJERO 1.— Habló más de fe que de cartografía.

CONSEJERO 2.— Más de Dios que del Océano.

CONSEJERO 3.— Más de Sagradas Escrituras que de comercio.

LOS TRES.— ¡Es un hipócrita!

CONSEJERO 1.— Más que un marino, parece un predicador.

CONSEJERO 2.— Es un aventurero con ideas obsesionantes de poder, riqueza y honores que se encubre tras una mística excusa.

CONSEJERO 3.— A simple vista se aprecia que es un hombre calculador y engañoso como los embaucadores de los mercados.

LOS TRES.— ¡Es un farsante!

CONSEJERO 1.— Hacerle caso a él, Majestad, supondría un retraso considerable en la labor que os habéis propuesto de Reconquista y unidad religiosa y política.

LOS TRES.— ¡Es un desviacionista!

CONSEJERO 2.— No sería prudente marchar tan lejos, dejando a nuestras espaldas a tantos infieles que viven esperando nueva ocasión para invadir España.

LOS TRES.— ¡Es un peligro!

CONSEJERO 3.– El proyecto es marcadamente comercial, pese a su apariencia religiosa; y si el navegante tuviera éxito, Castilla se convertiría en un país de comerciantes.

CONSEJERO 1.– ¿Y hay algo menos espiritual que un comerciante?

CONSEJERO 2.– ¡Todas las pasiones terrenales se albergarían en los hombres!

CONSEJERO 3.– ¡Surgirían en ellos todos los instintos groseros!

CONSEJERO 1.– ¡Se convertirán al paganismo!

CONSEJERO 2.– ¡El país será una nueva Sodoma abierta a todas las herejías!

CONSEJERO 3.– ¡Desgradará al pueblo!

CONSEJERO 1.– ... soliviantará a la nobleza...

CONSEJERO 2.– ... despoblará conventos...

CONSEJERO 3.– ... hará ricos a unos pocos...

CONSEJERO 1.– ... los judíos!

CONSEJERO 2.– ¡No beneficiará al resto del país!

LOS TRES.– ¡Es un plan satánico!

REY.– ¡Basta! ¿Me estáis hablando del navegante o del anticristo?

(Se oscurece el espacio del REY y se alterna el juego iluminándose el aposento de la REINA. Lugares escénicos insinuados mediante un somero cambio de atrezo, abatimiento del palio de la corte, giro del trono, etc., o sólo por la sugestión de la luz. REINA y DAMAS escuchan a COLÓN.)

COLÓN.– ... y todo cuanto os digo, Majestad, puedo demostrarlo con un huevo.

DAMA 1.– ¿Un huevo?

DAMA 2.– ¿Un huevo?

DAMA 3.– ¿Un huevo?

REINA.– ¿Un huevo?

COLÓN.– ¡Un huevo!

REINA.– ¡Que traigan un huevo!

DAMA 1.– ¡Que traigan un huevo!

DAMA 2.– ¡Que traigan un huevo!

DAMA 3.– ¡Que traigan un huevo!

(Entra el COCINERO con gran disposición.)

COCINERO.— ¿Majestad?

TODOS.— ¡Un huevo!

COCINERO.— ¿Un huevo? ¿Estrellado, duro, pasado por agua, escalfado, al plato, gratinado, revuelto, flameado, relleno? ¿En tortilla? ¿Tortilla a la francesa, a la flamenca, mixta de patata y cebolla, de calabacín, de queso? Huevo a la turca, huevo gelé, huevo hilado, en ponche...

REINA.— ¡Solo!

COCINERO.— ¿Solo? ¡qué poca imaginación! ¡Marchando huevo recoleto!
(Se lo da a COLÓN.) ¡Qué austeridad! ¡Mañana me vuelvo a Flandes!

(Sale enharinado el COCINERO.)

COLÓN.— *(Con el huevo y una pequeña bandeja.)* Ir a las Indias, según mi proyecto, es tan fácil como mantener este huevo derecho.

DAMA 1.— ¿Derecho?

DAMA 2.— ¿Sin sujetarlo?

DAMA 3.— ¡Imposible!

REINA.— ¡Demostradlo!

(COLÓN estrelló el huevo en la bandeja destrozándolo completamente y la yema le cae entre los dedos, amaga ascos y dice al público:)

COLÓN.— Acabo de destruir la historia.

(Oscuro transitorio para ceder la acción al REY y sus consejeros.)

REY.— No rechazo ni acepto. Ese navegante nunca responde abiertamente a las preguntas que se le hacen, y sus pruebas son pueriles. O es muy necio o muy inteligente. Pero de lo que estoy seguro es de que no es ni un loco, ni un iluminado. No parece un mendigo, ni un especulador de la fe, ni un embaucador con promesas de oro que sabe necesita España para reorganizarse después de la guerra..., y, sin embargo, tampoco tie-

ne apariencia de marino experimentado, ni se muestra como un geógrafo eminente. Lo que nos propone puede ser idea fruto de la imaginación, o una revelación (y acaso sea un místico histérico), o su proyecto está basado en buenas razones que no quiere confesar por motivos que no logro entender. De cualquier modo, su proposición es todo un problema, y los problemas no deben apasionar, los problemas deben estudiarse fríamente. ¿Qué sabéis del navegante?

CONSEJERO 1.– Es casado.

CONSEJERO 2.– ¡Viudo!

CONSEJERO 3.– ... ¡Soltero!

CONSEJERO 1.– Marino comerciante.

CONSEJERO 2.– ¡Cartógrafo!

CONSEJERO 3.– ¡Tejedor!

CONSEJERO 1.– Portugués.

CONSEJERO 2.– ¡De Génova!

CONSEJERO 3.– ¡Catalán!

REY.– ¡Oh, basta! Yo os diré lo que es: un hombre que se aprovecha de la idiotez de los consejeros del Rey.

(Sale el REY y los CONSEJEROS le siguen, discutiendo entre ellos. Se ilumina la casa de DIEGO ENRÍQUEZ, amigo de COLÓN. DIEGO, con papeles en la mano, va contestando a las preguntas de COLÓN, que se muestra activo en sus paseos.)

COLÓN.– ¿El Rey?

DIEGO.– Astuto. Nunca se le ve enfurecido. Consiguió capturar a Boabdil, pero le dejó en libertad porque sabía que el moro llevaría a la guerra civil a los suyos.

COLÓN.– Inteligente.

DIEGO.– Y ambicioso, pero también precavido. En él domina la razón.

COLÓN.– Pero yo no he conseguido su simpatía. Tenía que decidirme por él o por la Reina. Preferí lo último: a la Reina el entusiasmo, al Rey la inquietud.

DIEGO.– La Reina...

COLÓN.— Sí, ya sé: virtuosa, mucho corazón y poca cabeza; en pugna íntima con el Rey y tocada por el aliento de Dios. Conozco el tipo. ¡Otro!

DIEGO.— Teresa Enríquez. Es la guía mística de la Reina. La llaman «la Loca del Sacramento».

COLÓN.— ¿Dónde oye misa?

DIEGO.— En la catedral.

COLÓN.— ¿Hora?

DIEGO.— Las ocho.

COLÓN.— Recuérdamelo mañana: misa de ocho en la catedral, y consíguese un reclinatorio lo más próximo al altar, que sea visible desde cualquier parte, y si en él da un rayo de luz polícromo de los que atraviesan los vitrales, mejor. ¡Otro!

DIEGO.— Hernando de Talavera, religioso. Consejero del Rey...

COLÓN.— Sí, le conozco. Me cree un embaucador. Veamos: sé veintidós citas bíblicas en latín, pero todas hacen referencia a mi proyecto. Búscame otras que hablen de... (*Lo medita.*), de la purificación del alma por medio de las privaciones del cuerpo. ¡Ah, y dame el texto en latín!

DIEGO.— ¿En latín?

COLÓN.— Sí, sí, en latín. Prefiero que se me crea un pedante antes que un inculto. Jamás encargarían el viaje a las Indias a un hombre que no hubiese sido sacristán en su niñez. Mi buen Diego, si quieres dominar un sistema, tienes que estar dentro de él. Para cazar un zorro hay que pensar como un zorro. ¡Otro!

DIEGO.— Marqués de Montemayor, cortesano. El Rey descansa en su casa cuando va de caza. Le gusta la equitación.

COLÓN.— Cómprame un caballo y entérate de cuándo es la próxima montería. ¡Otro!

DIEGO.— Beatriz Galindo. La llaman «la Latina». Es profesora de latín de la Reina.

COLÓN.— ¿Aficiones?

DIEGO.— Lee mucho.

COLÓN.— ¿Autores?

DIEGO.— Los griegos, principalmente.

COLÓN.— ¡Ah, bien!; no será preciso estudiarlos. Los conozco.

DIEGO.— Siempre oí decir que los catalanes eran cultos.

COLÓN.— No del modo que creéis. Me limito a escuchar el comentario de quienes perdieron su tiempo en leerlos. ¡Otro!

DIEGO.— Beatriz de Bobadilla, confidente de la Reina.

COLÓN.— ¡Ah! ¿Influencia?

DIEGO.— Mucha. Se dice: «en Castilla, después de la Reina, la Bobadilla».

COLÓN.— ¿Edad?

DIEGO.— Sobre cuarenta.

COLÓN.— ¡La precisa! Envíale flores rojas, y ruégale una entrevista con toda urgencia. ¡Otro!

DIEGO.— El fiel Andrés Cabrera, marqués de Moya y esposo de la Bobadilla.

COLÓN.— ¿Esposo de...?

DIEGO.— Sí, y los Reyes tienen en él confianza absoluta. Es alcalde mayor y guarda perpetuo de los Reales Alcázares de Segovia.

COLÓN.— Rectifico: a su esposa envíale flores blancas en vez de rojas y no le ruegues una entrevista urgente; pide una audiencia para cuando lo crea menester. ¡Otro!

DIEGO.— Marqués Rodrigo de Santana, cortesano influyente. Muy pálido, joven y algo blando.

COLÓN.— ¿Dinero?

DIEGO.— Mucho.

COLÓN.— ¿Mujeres?

DIEGO.— Ninguna.

COLÓN.— ¿Guapo?

DIEGO.— Bastante.

(COLÓN pasea pensativo.)

COLÓN.— ... no, no. Por eso no paso. ¡Táchale! ¡Otro!

DIEGO.— De momento no hay más. Sólo esos informes he podido conseguir.

COLÓN.— Para empezar serán suficientes, pero no descanses. Y ahora ve a buscar todo cuanto te he pedido.

(DIEGO va a salir cuando entra BEATRIZ, su prima.)

DIEGO.— ¡Ah, Beatriz! Ven, quiero que conozcas a mi gran amigo Cristóbal Colón. *(A COLÓN.)* Es mi prima Beatriz, vive con nosotros. *(A BEATRIZ.)*

Es un experto marino. Los Reyes están muy interesados en un proyecto suyo.

(COLÓN, fija su mirada en BEATRIZ, dice a DIEGO.)

COLÓN.— Diego, no demores más la compra de cuanto necesitamos.

DIEGO.— *(A BEATRIZ.)* Creo firmemente en él y estoy dispuesto a seguirle en su aventura. Os dejo. ¿No es cierto, Cristóbal, que Beatriz es bella?

(DIEGO sale sonriendo. BEATRIZ, con la mirada baja, pregunta a COLÓN.)

BEATRIZ.— Sois un personaje importante. En toda la ciudad no se habla de otra cosa. Se dice que sois sabio en las cosas de la mar y de las estrellas.

(COLÓN baja el tono de voz. Ni en un momento de sinceridad puede evitar la afectación histriónica.)

COLÓN.— Poseo gran curiosidad científica, pero ello no me aparta del gusto por la vida y la admiración de la belleza.

BEATRIZ.— Sois muy galante. ¿Son todos los portugueses igual?

(COLÓN sonríe, pero no aclara el enredo de su origen.)

COLÓN.— ¿Qué más dice la gente de mí?

BEATRIZ.— Cosas. Pero todas ellas no pueden ser ciertas. Unos os llaman enviado de Dios, y otros, del diablo. *(BEATRIZ se santigua.)* Pero todos coinciden en que se os ve siempre solo, sin mujer alguna, acaso por haber hecho voto de castidad.

COLÓN.— La gente se aburre y necesita la vida de los demás para remediar la mediocridad suya.

BEATRIZ.— ¿No es cierto, pues, lo que dicen?

(Están muy próximos uno del otro.)

COLÓN.— No, podéis comprobarlo por vos misma.

(COLÓN va a besarla, pero se detiene al oír desde fuera la voz excitada de DIEGO.)

DIEGO.– (Fuera.) ¡Cristóbal! ¡Cristóbal!

(Entra DIEGO.)

COLÓN.– ¿Qué ocurre?

DIEGO.– ¡El proyecto! ¡Os han negado el proyecto! Ha llegado un comisionado de la Corte, de la Junta de Investigación, para comunicároslo.

COLÓN.– ¿Que me han...?

DIEGO.– Sí.

COLÓN.– ¡No! No se han negado ante mí, sino ante Dios. ¡El proyecto es suyo y no mío! (COLÓN habla muy excitado, y poco a poco va adquiriendo estado de trance.) Él me lo hizo saber cuando mi barco naufragó y me vi solo, abandonado en la inmensidad del Océano. Él reanimó mi fe y vivificó mi esperanza. Su voz, como un trueno, enojada y triste, clamaba su defraudación. ¿Eh? ¿Qué me pasa? Las sombras... Oigo voces... Sí, mi Dios, os escucho. Recuerdo vuestras palabras: «¿qué has hecho de tu vida?», me dijisteis, «¿por qué vas de un lado a otro ejerciendo mil oficios que te apartan de la alta misión que te he encomendado? ¿Crees si no que te hubiera dado habilidad marinera y sabiduría cosmográfica?». (El COMISIONADO entra y, al ver a COLÓN en actitud iluminada, se santigua, exclama un voto atropellado y hace mutis.) «Debes servirme. Debes llevarme de tierra a tierra sobre tus hombros», sobre mis hombros dijiste, Señor, «cruzando las aguas que separan a los hombres». (COLÓN ha ido inclinándose poco a poco, como si soportara un gran peso.) «Te encomiendo la más alta misión, la misión más dolorosa. Padécela, pues he unido a tu alma virtudes que ningún otro mortal ha tenido hasta ahora. Llévame, Cristóbal Colón, llévame». Y yo os llevo, Señor, os llevo, pese a todo, hasta que mis fuerzas no puedan resistir vuestro peso, que es como el del mismo mundo; un peso que agota y sublima. ¡Os llevo, Señor, os llevo! ¡Os llevo! (Está de rodillas, casi desfallecido. Su cuerpo convulso se inmoviliza de improviso. Pausa. Al instante, se levanta y empieza a limpiarse el polvo mientras dice con absoluta normalidad.) ¿Ha visto alguien más mi arrebato?

DIEGO.— Sí..., el Comisario de la Corte.

COLÓN.— ¡Ah, magnífico! Cuando lo comente, la Reina quedará impresionada y no dudo que ejercerá su influencia sobre el Rey hasta que sea revocada la orden de la Comisión.

BEATRIZ.— Pero ¿es que esa visión de Dios la estabais fingiendo?

COLÓN.— ¡Por supuesto que no!... Pero una vez que la tengo, ¿por qué no aprovecharla? Y ahora dejadme solo.

(COLÓN se sienta. Está falsamente entero. DIEGO le mira y sale. COLÓN, al creerse solo, se dobla abatido. BEATRIZ, que iba a salir también, se detiene.)

BEATRIZ.— A veces cansa, ¿verdad?

COLÓN.— ¿Eh? *(Se vuelve.)*

BEATRIZ.— *(Acercándose.)* Debe ser fatigoso demostrar ánimo cuando el espíritu está abatido.

COLÓN.— Sois muy joven para comprender tan bien a los hombres...

BEATRIZ.— Nunca he conocido a ninguno; pero vos...

COLÓN.— ¿Yo? Decid.

BEATRIZ.— Me parecéis un águila. El águila es la reina de las aves por volar más alto que ninguna..., pero allá arriba se debe de sentir muy sola. *(Entra música.)*

No voléis tan alto
pues el sol os quemará;
no voléis tan alto
y bajad.
Si violáis los límites
o alumbráis la oscuridad,
si violáis los límites
os cegarán.
Descansad, no luchéis más.
Descansad, no luchéis más.
Descansad.

COLÓN.— Soy un vuelo que se elevará,
soy un puente que Dios tenderá
y unirá otro mar.

No he nacido para vencido,
y si he vivido
ha sido
para vencer.
Que no vence en esta España
quien no reza, adula, engaña;
y si la verdad es mía
y si no es una herejía,
¿por qué no voy a engañar?
Piden cuentas a mi origen
necios que precisan tierra,
ni de Italia, ni de Iberia
no hay frontera en mi carrera
no hay frontera, sino el mar.

CORO.— No ha nacido para vencido
y si ha vivido
ha sido
para vencer.

COLÓN.— No he nacido para vencido
y si he vivido
ha sido
para vencer
(*Volviendo a su abatimiento.*)
para vencer
para vencer

BEATRIZ.— Descansad, no luchéis más.
Descansad, no luchéis más.

COLÓN.— Os lo ruego, Beatriz, dejadme solo. (*Ella va a salir. COLÓN la detiene y dulcemente, con lentitud, la besa en los labios.*) Lo comprendéis, ¿verdad? (*BEATRIZ asiente en silencio y sale. COLÓN vuelve a sentarse, hundiendo su cabeza entre las manos. El telón empieza a caer. De improviso, se levanta el navegante y grita.*) ¡No! (*El telón sube precipitadamente.*) ¡Diego! ¡Diego!

(*Entra DIEGO.*)

DIEGO.— ¿Qué os ocurre?

COLÓN.— Manda ahora mismo flores a la Marquesa de Moya.

DIEGO.— Enseguida

COLÓN.— ¡Oye!

DIEGO.— Decidme.

COLÓN.— Y que sean flores rojas, muy rojas. ¡Las más rojas que tengan!

(Se oscurece todo el espacio escénico.)

(Con la alternancia lumínica entran en escena los REYES dispuestos a jugar al ajedrez. El escenario se toma como inmenso tablero, y el CORO, vestido como las fichas, toma posiciones.)

REINA.— ¿Sabéis? Me han dicho que Cristóbal Colón está aquí, en Santa Fe.

REY.— ¿Sí...? Peón... *(El REY toca ligeramente el hombro al actor y éste cae de rodillas en convencional «muerte».)* No sé si su proyecto será realizable, pero él es un hombre constante.

REINA.— Hace años nos presentó su proyecto en Toledo, se lo negamos en Sevilla, nos insistió en Murcia y ahora nos ha seguido hasta aquí... Peón.

(El mismo juego, sólo que los toques serán golpes, caricias, empujones, según la intensidad del diálogo.)

REY.— Sé que tú le animas a que nos siga.

REINA.— Creo en él.

REY.— ¿Qué puede esperarse de un hombre que ha sido corsario, que según se dice colaboró en la conjura para destronar al Rey de Portugal, que mendiga por España siguiéndonos, que enamora a la Marquesa de Moya para conseguir la amistad de su marido, nuestro fiel Cabrera, que abandona a su amante, que dice tener visiones de Dios, que desprecia todo lo que no sea su proyecto? De un hombre, en fin, que utiliza a la Reina para convencer al Rey, ¿qué puede esperarse?

REINA.— Que llegue a las Indias como se ha propuesto y «plus ultra» si quisiera... Torre... Las grandes empresas no las realizan hombres mediocres.

REY.— *(Alterado.)* ¡Últimamente nadie me habla si no es de ese navegante!: Quintanilla, el Cardenal, Diego de Deza, Cabrera, Santángel *(Serenamente de improviso.)*... Alfil... *(Nuevamente a voz en grito.)* ¡Pero no hay pruebas, no hay documentos, no hay mapas!

REINA.— ¡Hay fe!

REY.— ¿Fe?

REINA.— ¡Fe! Peón.

(La brusquedad de los golpes cobra a veces el aire de un violento ballet. El CORO, inmóvil, sólo puede esperar que le lluevan manotazos, pero sin saber de dónde, pues los REYES van de un lado a otro eligiendo sus fichas.)

REY.— No basta la fe para ir a las Indias.

REINA.— Ciertamente, hacen falta, además, barcos, hombres y dinero.

REY.— No hay dinero.

REINA.— Una pequeña inversión a cambio de riquezas de las Indias.

REY.— No hay dinero.

REINA.— La decadencia, la inmoralidad y la falta de fe son las responsables de la mayor parte de los males del mundo.

REY.— Sólo tengo fe en la purga de moros que con mis ejércitos estoy llevando a cabo.

REINA.— Vos pusisteis los ejércitos, ciertamente, pero el celo religioso que les hace combatir es obra mía. Mitad por mitad. Marido y mujer.

REY.— Bienes gananciales, no insistas. Tanto monta, monta tanto Fernando como Isabel.

REINA.— No, no, así no rima: Isabel debe ir en primer lugar para completar el octosílabo.

REY.— ¡Torre!

REINA.— ¡Caballo!

(Gran pausa. El tablero está lleno de «cadáveres». Los REYES se acechan, pero no pierden su cortesana educación.)

REINA.— ¿Sabéis? Cristóbal Colón tiene un hijo.

REY.— Sí. Ilegítimo.

REINA.— Le ha puesto vuestro nombre: ama al Rey.

REY.— Necesita al Rey... Peón... ¿Qué habéis visto en ese hombre?

REINA.— En él, no sé; pero en los demás, envidia, admiración, burla, amor, odio... Cuando un hombre se convierte en tema obligatorio, incluso para calumniarle, hay que pensar que no es un hombre cualquiera a quien se puede despreciar, sin temer con ello que no sólo se cometa injusticia, sino necesidad... Alfil...

REY.— Es un oportunista. ¿Supongo que sabréis que para llegar hasta vos ha pasado por vuestro confesor Fray Juan Pérez, y le ha prometido el cordón franciscano como símbolo de la empresa y llamar Rábida, como su monasterio, al primer descubrimiento. Supongo que ese navegante es cristiano porque aquí los somos; pero supongo que no tendría escrúpulos para convertirse a la secta de Mahoma si los moros le apoyaran. Tengo mis informadores.

REINA.— Pudo elegir otro país.

REY.— Ya lo hizo: Portugal. Se rieron de él... Caballo.

(Tiento displicente.)

REINA.— Si se rieron de él, despreciando su proyecto, ¿cómo es que ahora el Rey de Portugal intenta realizarlo por mediación del capitán Fernando Dolmo? ¿Os reiríais vos de un hombre que sabe cómo ir a las Indias, para entregar en secreto ese viaje a otro que lo ignora?

REY.— ¿Cómo sabéis eso?

REINA.— Yo también tengo mis informadores... Peón...

(Golpe traicionero en la espalda del inadvertido CORO.)

REY.— Hablaré con el navegante.

REINA.— Excelente, pero atended a la prudencia: no le deis excesiva ayuda para que, si fracasa en su empresa, no se diga que con él fracasó España.

REY.— Me sorprende que, pese a vuestra ceguera por ese hombre y su proyecto, sepáis ser ante todo Reina de España, con la inteligencia necesaria para ello.

REINA.— Mi buen Fernando, ¿qué diría el pueblo si tuviera una Reina más inteligente que su rey? Comprended, pues, que para evitar que vuestros súbditos os menosprecien, algunas veces me haga la tonta... Ja-que Mate.

(El golpe se transforma en suaves toques de la REINA en las mejillas del REY. El humano ajedrez se levanta y se transforma en los servidores reales. Suena una danza castellana, seca, imponente, mientras los REYES empiezan a desnudarse para ir a dormir. Entra cama con gran dosel. La pelea cortesana que durante el ajedrez estaba insinuada es ahora abierto y personal insulto. Los servidores que ayudan reciben pescozones; codazos, reveses...)

REY.— Tanto monta.

REINA.— Monta tanto,
soy Castilla.

REY.— Yo Aragón;
Ve con tiento *(Amenazador.)*

REINA.— ¡No me aguanto! *(Encarada.)*
¿De las Indias?

REY.— ¡Ni un doblón!
Tú te crees los milagros
y santiguas a los vientos;
los votos a cientos
y desgranas los rosarios, *(Bis.)*
y hasta parece que estés
como consuelo del cielo
y no al revés.

REINA.— Eres rayo de la guerra:
haz desfiles y torneos,
pon trompetas y blasones,
las arengas, los trofeos,
los timbales y pendones;
por armar, armas tal ruido

que el moro será vencido
 por charanga y no por «dones».
(Estrillo.)
 Tanto monta, etc.

(Los insultos rimados aumentan los calores reales y cuando a uno de los litigantes le toca escuchar, escuda sus oídos en letanías, formándose un contracanto.)

<p>REY.— La Corte has convertido en inmensa cofradía «Gloria Pater, pater noster, Via Crucis, Letanía...» Y mis guerreros ya son por tu santa vocación frailes que no matan moros sin dar antes confesión.</p>	<p>REINA.— Mater Regina Mater Amabilis Mater Pura Mater Casta Consolata Mater Coelis Mater Bonus ¡Inviolata!</p>
<p>REINA.— Donde tú pones la espada pongo yo una oración. si tú apuestas por Granada yo quiero apostar por Dios. Cada cual juegue su carta, la historia dirá el mejor y no olvides que mi seso hunde más el almohadón.</p>	<p>REY.— Kyrie eléison Christie eléison Kyrie eléison Christie audinos Christie exaudinos Pater coelis Redemptori ¡Trinitatis!</p>

(Estrillo.)

REY.— Lo primero es que Granada
 humille su testuz.
 REINA.— Tú no olvides que la espada
 también lleva la cruz.
 REY.— Quiero que en mi imperio
 no se ponga nunca el sol.
 REINA.— ¡Tate, que es muy serio
 una insolación!

(Puestas las camisas de dormir se suben a la cama, mientras tiemblan las columnas del dosel y los servidores se hacen cruces y reojos.)

REY.— Yo rezo al padre mío

REINA.— María en vos confío.

REY.— que allá en el cielo estás,

REINA.— pues toda gracia das.

REY.— ¡Santificado!

REINA.— ¡Y sin pecado!

REY.— ¡Siempre tu nombre!

REINA.— ¡Naciste al hombre!

REY.— ¡¡Y venga a mí!!

REINA.— ¡¡Que traje aquí!!

LOS DOS.— ¡¡¡Tu reino!!!

(El rezo, puestos en rodillas, se ha convertido en grito. El CORO entra en el amén final subiendo la canción hasta intensidad de apocalipsis.)

TODOS.— Amén, amén

amén, amén

amén, amén

(Los REYES siguen con su amén, enrojecidos los rostros, prestas las manos, agitados los cubrecamas, tambaleantes las columnas... Finalmente y con el último amén y el redoble, cae el dosel con gran aparato, esparciendo polvo histórico por la escena, mientras huyen los sirvientes. Se retira la cama y se hace el oscuro. Al volver la luz, sin apenas tiempo, COLÓN, con toda naturalidad, al público:)

COLÓN.— Me llamo Cristóbal Colón y algo está fallando en mi sistema.

Estoy en la más vergonzante miseria y los Reyes siguen sin hacerme caso. Para conseguir lo que quería he hecho todo cuanto he podido.

¿Será que el mundo se ha vuelto loco y para conseguir el triunfo hay que leer el *Kempis* en vez de *El Kamasutra* y *Camino* en vez de *Mein Kampf* y las *Moradas* de Santa Teresa, en vez de *Cómo ganar amigos* de Dale Carnegie? No sé qué pensar, oiga, es que no sé qué pensar. La coyuntura detiene el progreso, o cuando menos le hace ir cojitranco.

(Entra el MARQUÉS DE AGUAS buscando a COLÓN. Es un figurón bobo y corto de vista.)

MARQUÉS.— ¿Cristóbal Colón?

COLÓN.— Sí, soy yo.

MARQUÉS.— El Rey desea hablar con vos.

COLÓN.— *(Al público.)* ¿Oís? «Desea» y no «ordena». Esto amanece escampado. Ya decía yo que no podía ser el error tan de bulto, que el mundo no está loco. *(Hace un gesto de complicidad y cambiando de tono se dirige al MARQUÉS con empaque y chanza encubierta, fingiendo halagos.)* Pero... ¿no sois vos el Marqués de Aguas?

MARQUÉS.— Sí, el Rey...

COLÓN.— ¡No, no digáis nada! ¿Sois el Marqués de Aguas?

(Nuevamente el MARQUÉS va a hablar, pero COLÓN le detiene.)

MARQUÉS.— ¡Ah!, pero ¿me conocéis? Yo...

COLÓN.— ¡No, no digáis nada! ¿Quién si no podría tener ese porte? ¿Sois el Marqués de Aguas, a fe de santo! Hace tiempo que os admiro y en verdad que pecho de vulgar al hacer como medio mundo.

MARQUÉS.— No debéis...

COLÓN.— No, no digáis nada. Medio mundo, sí. Medio mundo que os admira y tan sólo medio, porque la otra mitad carece del entendimiento necesario... *(COLÓN se interrumpe, retrocede, exclama, admira.)* ¡Oh! ¡Pero...! ¡Soberbio! Tenéis que darme la dirección de vuestro sastre; os hace unos trajes admirables.

MARQUÉS.— ¡Pero si yo no...!

COLÓN.— ¡No, no digáis nada! Aunque, ahora que observo detenidamente, no sabría precisar si mi sorpresa la provoca el corte perfecto del traje o el donaire de vuestro cuerpo al llevarlo.

MARQUÉS.— ¿Lo decís convencido?

COLÓN.— ¡Por supuesto! ¿Me creéis capaz de mentir?

(Se ilumina la tienda guerrera del REY en Santa Fe. COLÓN desaparece con el MARQUÉS. En la tienda el REY se ejercita con el MAESTRO DE ESGRIMA. Las gruesas espadas, los mandobles y los jadeos tiene gran espectacularidad y precisión. Al entrar COLÓN en la tienda, se estremece ante la furia del REY, que acosa a su MAESTRO.)

COLÓN.— ¡Ma-Majestad!

(El REY no le hace caso hasta lograr poner en aprieto definitivo a su MAESTRO. Y riendo, dispuesto a seguir jugando como señor de la guerra, arrebató la espada al MAESTRO y se la da a COLÓN. Éste vacila ante la pesada arma. El REY mantendrá la conversación entre mandoble y mandoble, que COLÓN esquivo con torpeza.)

REY.— El motivo de querer hablar con vos es la llegada a mis oídos de una noticia alarmante. Parece ser que el Rey de Portugal ha firmado unas capitulaciones con un tal Dolmo y con Alfonso de Estreito, en las que se ha convenido que los dos saldrían hacia el Occidente, mandando la escuadra durante los primeros veinte días Fernando Dolmo, y los veinte restantes, Estreito. Un viaje tan largo no puede sino conducirles a donde vos me propusisteis, según aquel proyecto que consideré con precaución.

(COLÓN aguanta como puede las acometidas, pero se le ve atento en el logro de un plan.)

COLÓN.— Ya veis, Majestad, el deseo de viajar hacia Occidente se está generalizando. Eso os dará medida de los importantes logros de la misión que, anticipadamente a esos viajes de que me habláis, os propuse.

REY.— Ese Dolmo, ¿es capaz de llevar a cabo el plan?

COLÓN.— Aun cuando temo a Dolmo, no creo en su éxito. Dolmo carece de fe en la misión evangelizadora del proyecto. Dudo mucho que comprenda los beneficios espirituales que...

(La ligera pausa en el duelo la rompe el REY con furia. Cuatro mandobles y COLÓN está a punto de caer.)

REY.— ¡Seamos claros! La misión evangelizadora estaría bien como excusa para los misioneros e incluso para la Reina; a mí habládmelo de política (*Mandoble.*), de expansión (*Mandoble.*), de conquista (*Mandoble.*).

(COLÓN, pese a la fatiga, sonrío. Al hablar hay ahora más decisión que respeto y ataca a su vez con la espada ante la complacencia del REY, sorprendido por encontrar sangre en el oponente.)

COLÓN.— ¡Sea! Más que ese Dolmo me inquietan los portugueses. Si Portugal ha descubierto las ventajas que se derivan de la expedición, no dudo que será Dolmo o cualquier otro, por mediación del país vecino, el que realice el viaje. La expansión económico-política, y con ella la supremacía en Europa, está en juego. Portugal lo sabe y España no puede ser retaguardia, del mismo modo que sus Reyes no son figurones en Europa.

REY.— Sois hábil.

COLÓN.— ¿Y de qué ha de servirme esa cualidad, si no poseo los medios necesarios para ejercitarla?

(COLÓN aprovecha la atención del REY para ponerle detrás una banqueta, y con un golpe de espada le hace tropezar y caer. El momento ha sido de gran confusión: el REY cae derribando manoplas, escudos y cuchilleros con gran estruendo y sin dejar de dar mandobles al aire. COLÓN, de pie, medita un instante y se deja caer. Cuando el REY se incorpora enfurecido y dispuesto a continuar la lucha, mira a su alrededor y se tranquiliza viendo que también el navegante ha caído. Arroja la espada y

ayuda a levantarse a COLÓN con grandes risas, mientras COLÓN finge aturdimiento.)

COLÓN.— ¿Qué pensáis de mi proyecto?

REY.— A España le falta su unidad, tanto política como religiosa. Las cosas de Dios y de la tierra deben ir hermanadas para conseguir un estado de equilibrio. Para enfrentarse con problemas de tipo exterior es necesaria la unidad. Vos, como navegante, deberíais saberlo. Portugal, en cambio, ya consiguió su unidad hace tiempo. No es de extrañar que ahora desee expansionarse y conseguir grandeza.

COLÓN.— Lo que, siendo vecinos, no es nada tranquilizador...

REY.— ¡Razón de más para desear nuestra unidad! *(El REY se desnuda y se lava en una especie de artesa, con alas de cuero en los bordes, que recoge el agua. COLÓN le ayuda, según las indicaciones, a arrojarle el agua por la cabeza con un cubo.)* Ya es mucho lo que se ha conseguido para nuestra unidad, pero todo no es bastante. Hacen falta imposibles. España estaba dividida en bandos y partidos que luchaban entre sí llevando el país a la anarquía. Nobles, obispos y advenedizos, crecidos a la sombra del favoritismo real, se adjudicaban territorios y privilegios, mientras bandidos y toda suerte de hez social explotaban y atemorizaban el campo. Hemos tenido que... ¡Echadme toda el agua, navegante! Hemos tenido que resistir frecuentes intrigas y desarticular conspiraciones palaciegas. La lucha contra el moro ha acabado con todo eso, pero ¿quién acabará ahora la lucha contra el moro? Y es más... *(Secándose, el REY habla con fatiga y profunda tristeza.)* ¿En qué estado quedará España después de la guerra?

(COLÓN se le acerca por la espalda y le habla con tono cómplice, al tiempo que le ayuda a secarse y vestirse.)

COLÓN.— Majestad, todo cuanto decís es bien cierto y pregona vuestra iluminada sabiduría. Pero no ignoráis que un estado de miseria puede superarse si no se deja pensar en tal estado. Quiero decir que dando nuevos motivos de preocupación, siempre distintos a los anteriores, por supuesto, ¿quién habrá de acordarse de lo pasado? A quien le duelan los pies, apretadle el cuello y se olvidará del primer dolor para prestar

atención al nuevo. Y así, en esa inquietud, bien puede vuestra Majestad organizar tareas que converjan al mismo fin sin interferencias nacionales.

REY.— ¿Olvidar la miseria de España mediante la aventura de las Indias?

COLÓN.— ¡Remediar las quejas de la miseria de España con la promesa del oro de las Indias!

REY.— ¿Mentir?

COLÓN.— ¡Prometer!

REY.— ¿Y cumplir?

COLÓN.— Para cuando os exijan resultados, España estará organizada.

REY.— ¿Son, pues, las Indias una excusa sin posibilidad de triunfo?

COLÓN.— Para vos las Indias tienen un fin político; para el clero, un fin religioso; para los comerciantes, un fin económico, y para los militares, un fin glorioso. ¿Puede existir un proyecto más perfecto por su completa misión?

(COLÓN ríe suavemente mirando con firmeza al REY, que acaba riendo de igual modo.)

REY.— ¿Y para vos, navegante? Para vos, ¿cuál es el fin del viaje a las Indias?

(Nueva pausa en la que ambos sonríen.)

COLÓN.— Para mí, humilde siervo vuestro, el fin es la política del Rey, la religión del clero, la economía de los comerciantes y la gloria de los militares.

(COLÓN se ha subido sobre un asiento utilizando como peldaño un alzapiés.)

REY.— ¿Y qué pedís por tan desinteresada oferta?

COLÓN.— Poca cosa comparado con lo que puedo dar.

REY.— Decid.

COLÓN.— Que se anteponga el don a mi nombre...

REY.— Poca cosa, ciertamente, «Don Navegante» y espero...

COLÓN.— (*Serio, tajante.*)... que sea nombrado Almirante Mayor de la mar oceána, Visorrey y Gobernador perpetuo de todas las islas y tierra firme que yo descubriese y ganase, que suceda a tal honor mi hijo mayor y el hijo de mi hijo y así por siempre jamás.

(*Se miran en silencio.*)

REY.— ¿Alguna otra cosa?

COLÓN.— Sí. Un porcentaje de toda la riqueza que a Vuestra Majestad yo ofrezca.

(*El REY ha cambiado el rostro. Se le nota contenido, pero tras una breve pausa, se domina y vuelve a sonreír.*)

REY.— Sois valiente.

COLÓN.— Sí, pero por reflexión.

REY.— Comprendo que con el oro que acaso vuestra empresa pudiera proporcionar se puede conseguir el porvenir que yo deseo para España...

COLÓN.— ¿Qué os detiene, pues, para aceptar mi proyecto?

REY.— Vos. Sólo me detienen vuestras insultantes ambiciones, vuestro gesto de superioridad y el hombre soberbio que sois. Pero admito que, en vuestro caso, yo actuaría de igual modo.

(*COLÓN se sienta y su porte es premeditadamente real.*)

COLÓN.— Comparar mis acciones con las del Rey es otorgarme parte de realeza. Majestad, ni vos ni yo pertenecemos a este periodo histórico, y siendo los dos hombres de entereza, es comprensible nuestra pugna por afirmar ambas personalidades en medio de creencias antiguas que yugulan el progreso.

REY.— Habláis de progreso y entendemos cosas diferentes de la misma palabra. Para mí es el progreso de España; para vos, el progreso es vuestro progreso.

COLÓN.— ¿Y qué importa que suba yo si conmigo suben los que están a mi lado? ¿España está a mi lado? ¡España subirá!

REY.— ¿Y puedo confiar en un hombre que, como vos, posee un afán desmedido de riquezas y poder, que es orgulloso y del que todas sus acciones se encaminan en su propio beneficio?

COLÓN.— No, no podéis confiar en él... *(El REY, que estaba paseando, se detiene; parece que su dominio interior está a punto de fallarle. COLÓN baja y nuevamente envuelve al REY acuchillando su voz.)* Pero yo sé que vuestra habilidosa Majestad se asegurará mi lealtad por algún procedimiento.

REY.— Decís bien. Y tened la seguridad de que así como vos utilizáis a España y a su Rey para vuestros fines, del mismo modo España y su Rey os toman a su servicio hasta que dejéis de serle provechoso.

(El REY ha subido también al simbólico trono improvisado y toma posesión de él, consciente de que vuelve a tomar la seguridad de la entrevista.)

COLÓN.— Entonces ¿habéis decidido al fin aceptar mi proyecto?

REY.— No, todavía no, debo recapacitar.

COLÓN.— No es demasiado lo que pido comparado con lo mucho que ofrezco.

REY.— ¡Debo recapacitar!

COLÓN.— ¡Portugal no recapacita, actúa!

REY.— ¡Salid!

(El REY baja y COLÓN hace una brevísima inclinación antes de salir.)

COLÓN.— ¡Majestad!

(En la entrada, dos soldados son apartados bruscamente por COLÓN, y al volverse amenazadores, el navegante se lleva los dedos a los labios y chista silencios.)

COLÓN.— ¡Sin alzar la voz, soldados! El rey está... recapacitando.

(En la tienda, finalmente, el REY desahoga su furia y, tomando una de las espadas, rompe el asiento en dos.)

Oscuro en el que desaparece esta escena. Simultáneamente se ilumina a COLÓN hablando con DIEGO.)

DIEGO.— ¿Qué hay Cristóbal? ¿aceptó el Rey?

COLÓN.— ¿Aceptar? Necesita mil consejeros que decidan por él.

(COLÓN contempla, lejana, la ciudad de Granada.)

COLÓN.— Acércate, Diego. Mira a lo lejos la Granada árabe. ¡Qué lástima de pueblo! Dominó medio mundo. No merece el final que le espera. ¿Has observado su arquitectura? Ella evidencia la grandeza y la sensibilidad de esta raza que al grito de «Alá» supo expandirse y conseguir grandeza. ¡Ah, si como ella yo pudiera enfervorizar España al grito de «Cristo», no sólo las Indias, sino el Mar Tenebroso de la Nada podría conquistar! Pero no es Abderramán quien hoy ha de permitir la empresa. Si él viviera estos momentos, no dudo que sabría comprender mi idea y apoyarla para participar en el sublime acto histórico que espera nuestra llamada.

DIEGO.— Aunque adivino vuestras razones, me da miedo cuanto decís. ¿Venderíais a Alá el proyecto si Cristo os lo negara?

COLÓN.— Mi buen Diego, ni Alá, ni Cristo tienen nada que hacer aquí... Si me dijeras Mercurio, el dios del comercio...

DIEGO.— Entonces ¿qué pensáis hacer?

COLÓN.— ¿Qué puedo hacer sino intentar convencer a otros de mi proyecto?
(La luz decrece en escena y se concentra en COLÓN.) Francia, sí, Francia, ¿por qué no? Aquí es imposible tratar con estos hombres obtusos, vanos, ignorantes, engreídos... *(Aparece la MARQUESA DE MOYA. COLÓN se dirige a ella cambiando de actitud.)* ¡Oh, marquesa! Dulce encanto de los ojos, donosura de la España recia, austera y victoriosa; decidme, ¿la Reina?

MARQUESA.— Quiero que sepáis, señor, que siempre creí en vos, que nunca dudé de vuestra palabra y que he hecho todo lo posible para convencer a la Reina... pero «no es el momento», me dicen, «si Granada todavía es mora».

(La MARQUESA desaparece y COLÓN vuelve al público su furioso lamento.)

COLÓN.— ¡Palabras! De nada me ha servido la seducción en esta corte soberbia, fanática e inhospitalaria. No puedo soportar más este país integrado por bravucones, pendencieros e ignorantes, regidos por una pobre mujer inepta y orgullosa que refugia su escasa valía en el reducto de un confesionario.

(Aparece la REINA. COLÓN realiza el mismo juego que con la MARQUESA.)

COLÓN.— ¡Oh, Majestad! ¡Luz de lucha, guía del esforzado en la Cruzada! ¡Cómo lamento que no hayáis comprendido la importancia de lo que os he ofrecido! ¡Me duele tener que acudir a otros reyes y que no se beneficie este hermoso país en el que he vivido tanto tiempo y al que me une la voluntad y el afecto!

REINA.— Aunque insistí a mi esposo, el Rey, nada se puede hacer y comprendo que así sea en tanto Granada está en poder de la Herejía.

(La REINA desaparece.)

COLÓN.— ¡Es inútil! Mi proyecto necesita de cierta inteligencia para ser comprendido. No puedo luchar con tan grande adversidad. Si acaso el Rey recapacitara... Pero no, el Rey es un temeroso político que se encuentra hundido por acontecimientos históricos superiores a su fuerza e inteligencia...

(Aparece el REY.)

REY.— Unidad. Y para ello Granada debe ser cristiana. Sólo después pensaré en vuestro proyecto.

(Desaparece.)

COLÓN.— ¿Después? ¿Después puedo estar muerto de hambre! Debí ofrecer mi proyecto a un reino humilde para que, según la Biblia, fuera ensalzado: «Humilitatis...» ¡Al diablo mi docta sabiduría! Decididamente, me marchó. No puedo vencer la repugnancia de haber perdido tantos años en esta corte de bufones místicos. ¡Adiós! ¡Adiós!

(La acción retoma su principio.)

VOZ BEATRIZ.— ¡Cristóbal! ¡Cristóbal!

COLÓN.— ¡No, Beatriz, no! ¡Olvídame! Tú me has esclavizado con el matrimonio y con los hijos y Dios... *(Gesto de estudiado misticismo con un poco de cansancio y furia por contener.)* Dios me pide libertad para cumplir, etc.

VOZ BEATRIZ.— ¡Cristóbal! ¡Cristóbal!

COLÓN.— ¡Adiós Beatriz! ¡No te ha servido de mucho! Sabrás vivir sin mí mejor que conmigo. ¡Adiós!

VOZ.— ¡¡Cristóbal!!

(COLÓN inicia la salida pero se detiene al escuchar unos lamentos de hombre.)

VOZ.— ¡Ay de mi Alhama! ¡Ay de mi Alhama!

(También desde el interior se oye la voz de una mujer.)

VOZ MUJER.— ¡Llora, llora! ¡Te está bien empleado, por bragazas!

(COLÓN al público, mientras desde dentro comienza a oírse gritos de victoria.)

COLÓN.— ¡Aleluya! No me cabe la menor duda: todo esto significa que Granada ha sido conquistada. «Melior est patines viro forti.» Esta cita me la aprendí ayer.

(Entra el CORO como ejército, completamente deshecho, arrastrándose, cojeando, apoyados unos con otros, pero todos triunfantes.)

CORO.— ¡Al fin, victoria! ¡Victoria! ¡Hemos vencido! ¡Boabdil ha rendido la ciudad! ¡Boabdill ha entregado las llaves de la ciudad a los Reyes Católicos! ¡Victoria! ¡Granada es nuestra! ¡Viva la ciudad santa! *(El CORO evoluciona. Gran agitación turística.)*

- Visite la Alhambra. Monumento nacional.
- *Travel with us to Granada. Ten pounds all included.*
- El Generalife. Maravilla.
- *Visitez les jardins de L'Alhambra.*
- *So Typical.*
- Visite el Zoco árabe y compre más barato.
- *Son et lumière ce soir à L'Alhambra.*
- *Post-cards. Post-cards.*

(*El CORO se reagrupa.*) Colón, la reina te llama. Colón, el Rey te llama.
¡Colón, la posteridad te llama!

COLÓN.— Vivan por siempre los Reyes: Fernando, esplendor de la grandeza de España y la virtuosa Isabel, orgullo de la cristiandad. (*Al público en tono confidencial.*) *Eppure si muove.* (*El CORO lo eleva triunfalmente. Desde arriba, COLÓN procura ponerse cómodo mientras dice al público:*) Y fue así como, cándido por naturaleza, fui convertido en astuto por necesidad.

(*Estandartes forman arcos triunfales para la apoteosis final. El CORO vitorea los consejos.*)

COLÓN.— Si he triunfado ahora pienso
que no fue por las razones
porque aquí las opiniones
son la espada y el incienso.

Castilla es un buen lugar
para todos los colones
que saben muy bien nadar
y guardarse los jubones.

El español es guerrero
que no mata sino el tiempo
y aun eso lo hace primero
para descansar después.

Estribillo:

Oigo escoplo en alabastro
ya mi dedo está midiendo
ya lo esculpen señalando
nuevas tierras descubriendo.

Si Castilla es ancho mar
sólo hay un buen consejo
aprende a nadar en seco
o a dos velas navegarás.

Si no rezas hay sargazos,
calma chicha sin halagos,
el murmullo pone dique,
no mentir es irse a pique:

y sujeta más que un ancla
o desguaza plancha a plancha:
celo, blasón e ignorancia
de dos Reyes en ganancia.

(Mientras el CORO puntea el estribillo, COLÓN recita y mima consejos de triunfador.)

Sólo el ocio es buen negocio.
Di sí al necio según precio.
Rosario puesto en rodillas
y al rey las botas cepillas.

Hocica a los cardenales.
Lame asientos principales.
El papel por triplicado
dará óptimo resultado.

Debes profesar de santo,
de militar otro tanto,
y quien cumpla sin estorbo
flotará en el caldo gordo.

(Todos cantan ahora el estribillo mientras cae el telón.)

Oigo escoplo en alabastro
ya mi dedo está midiendo
ya lo esculpen señalando
nuevas tierras descubriendo.

(Lo dicho, telón.)

ACTO SEGUNDO

Se han desplegado velas. Al trasluz se adivina el trasiego de los MARINOS. En la proa de la nao, COLÓN medita su aventura, mientras los MARINOS cantan evidenciando los pensamientos del ilustre navegante.

MARINOS.— Te vas
camino de las Indias
tú ya te vas,
con un Cristo en la frente...
y otro detrás...
a colonizar.

COLÓN.— Un nuevo amanecer. Debo sustituir las estrellas por el astrolabio y la intuición. Pierdo en el cambio: siempre he tenido buena estrella, la estrella de mi voluntad y el oportunismo que me permitió la mediocridad de mi entorno..., pero no, debo ser sincero conmigo mismo o tanta mentira acabará dándome un contorno que no poseo; en fin, que ya no sé si soy un fin o un medio. Ante la duda, pensaré que de un modo u otro, he conseguido mi propósito: el favor del Rey y el apoyo de España.

MARINOS.— Te vas
pensando que has triunfado
y dudas ya
si eres utilizado
o utilizarás;
ésa es la verdad:
monigotear.

COLÓN.— ¡Contramaestre!

CONTRAMAESTRE.— ¿Señor?

COLÓN.— Dad aviso a la nave de Pinzón, deseo hablar con él.

CONTRAMAESTRE.— ¡A la orden!

COLÓN.— *(Deteniéndole.)* ¡Contramaestre!

CONTRAMAESTRE.— ¿Señor?

COLÓN.— No olvidéis, al dirigiros a mí, darme el título de Almirante.

CONTRAMAESTRE.— Sí..., Almirante.

(Los tributos al halago de COLÓN empiezan a sembrar murmullos.)

COLÓN.— *(Volviendo a su meditación.)* Mientras sirva, valgo, pero mientras sirva ¿a quién? Si me sirvo a mí, bien hago; si a los demás..., qué abultado error. *(Reprime un ahogo.)* ¿Y por qué no pensar que los demás y yo poseemos un fin idéntico? ¿Por qué no hacer una concordia entre lo que se desea y lo que se es?

(El CORO vuelve a hostigar complacencias.)

MARINOS.— Te vas
buscando componendas
a la verdad
y ocultas con astucia
la realidad:
es colaborar.

(COLÓN corta las bocas intrigantes con un grito.)

COLÓN.— ¡Pinzón!

(PINZÓN hace instantes que observa al Almirante. El actor que interpreta a PINZÓN es el mismo que ha interpretado al REY FERNANDO. El público deberá comprender que no es ahorro de nómina, sino la intención de volver a repetir, con papeles cambiados, la

escena entre COLÓN y FERNANDO en la tienda de éste en Santa Fe.)

PINZÓN.— ¿Almirante?

COLÓN.— ¿Cuál es la situación de vuestro barco, Pinzón?

PINZÓN.— Difícil.

(Los MARINOS empiezan a agitarse en su trasiego al contraluz, y se hace más amenazadora cada vez su intervención desesperada.)

MARINOS.— Se está acabando el agua. Llevamos sesenta días sin ver tierra. Ya no hay comida. El viento no sopla.

COLÓN.— ¡Conteneos! Pronto veremos tierra.

MARINOS.— ¡No hay tierra! Sólo el mar. Y ese horizonte que se escapa.

COLÓN.— (A PINZÓN.) ¿Sois o no sois el capitán de vuestro barco? Utilizad la prerrogativa de ser allí como Dios y castigad con la muerte, si es preciso, a quien aliente el desorden.

PINZÓN.— No sería prudente. Sin duda una represalia motivaría una rebelión.

COLÓN.— ¡No quiero oír esa palabra! ¡No triunfar en la empresa porque Dios separe los mares podría con dificultad aceptarlo; pero fracasar por la voluntad de unos cobardes, jamás!

(La música comienza a apuntar clima.)

MARINOS.— Llevamos sesenta días navegando. No se ve tierra, no hay agua. Debemos volver. Hablemos al Almirante.

(Los gritos del enfrentamiento acaban convirtiéndose en cantos.)

COLÓN.— Maderas, yerbas y peces de orilla evidencian la proximidad de la tierra.

MARINOS.— Las corrientes del océano las alejaron de su origen. No hay tierra.

COLÓN.— Sois buenos marinos, los mejores. Llegaremos.

MARINOS.— No hay tierra.

COLÓN.— No temáis por vuestra empresa:
pronto avisará el vigía.

MARINOS.— ¡No hay tierra!

COLÓN.— Dudáis de mi destino
y es el cielo el que me guía.

MARINOS.— ¡No hay tierra!

COLÓN.— ¡Cobardes!
que más que vosotros valdría
un grumete en Portugal.

MARINOS.— ¡No hay tierra!

COLÓN.— No os pongáis en mi camino
que está muy hambrienta la mar.

MARINOS.— ¡Queremos regresar!

COLÓN.— ¿Regresar?
Antes la muerte y la duda
de si conseguí llegar
que, bajando la cabeza
en esa patria de enanos,
enseñar agua en las manos
y ver la burla real.

MARINOS.— Tu burla nos hierde más.

COLÓN.— Me divertís, villanos,
porque el mar no admite dudas:
volver es muerte segura...
pero segura la suerte
del tesoro que se esconde
si abordáis el horizonte.

MARINOS.— Basta, basta ya de engaño.

Muerte, muerte al visionario.

COLÓN.— Matadme
y cortaréis un brazo a Dios,
veréis rugir los cielos,
caer la noche, tronar su voz.

(Cesa la música en un estallido de silencio; hay una breve pausa de desconcierto y expectación. En lo alto una voz grita.)

VIGÍA.— ¡Tierra!

(El aviso se repite en eco por toda la sala, hay una gran despliegue marinerio con murmullos de «Tierra, tierra, tierra».)

COLÓN.— ¡Ah, no! ¡Milagritos, no! No soy tan inexperto como para necesitar de lo sobrenatural para conseguir el triunfo. Un poco de ayuda al comienzo de la empresa no me parece mal, pero si todo lo dejamos al cuidado de Dios, ¿qué pinto yo aquí?

(Los MARINOS desarbolan mientras sube la música y transforman a vistas, como siempre, todo el velamen en la tienda de COLÓN en tierra firme. Delante de ella, todos adoptan actitud estatuaria o pictórica, como esperando inmortalidades. Tras unos instantes de inmovilidad, un MARINO se acerca a COLÓN.)

MARINO.— ¡Pssch, Cristóbal! ¡Cristóbal, la foto!

COLÓN.— ¿Eh?

MARINO.— ¡La foto!

COLÓN.— ¡Ah, sí! *(Al público.)* Una fotografía es un movimiento en reposo, algo que se mueve pero que está quieto; más o menos como la actitud de todo gobierno inteligente. *(Con gran tristeza y cansancio, COLÓN regresa al centro del grupo, se arrodilla, coge una imaginaria bandera o pendón y dice a un MARINO.)* ¡Escribano!

¡Decid Almirante!

COLÓN.— ¡Levantad acta!

ESCRIBANO.— ¿Por triplicado?

COLÓN.— ¡Imbécil!

ESCRIBANO.— ¡Sí, Almirante!

COLÓN.— Ocupo esta isla en el día del Señor doce de octubre de 1492 en nombre de..., en nombre de...

(COLÓN vacila al no querer pronunciar el nombre de los REYES, cuando aparece MARCO POLO, que le apunta.)

POLO.— ... en nombre de sus Altezas Reales, los Reyes de España.

COLÓN.— ... en nombre de...

POLO.— ¡De sus Altezas Reales, los Reyes de España!

COLÓN.— ¡Marco Polo! Vos conocéis el futuro, ¿no es así?

POLO.— Decidme, ¿cuál es el mío?

POLO.— Lo siento, Cristóforo, pero para poder ayudarte, tu porvenir es lo único que ignoro.

(COLÓN vuelve al grupo y pronuncia derrotado.)

COLÓN.— ... en nombre de los Reyes de España.

POLO.— *(Al público.)* ¡Ah, qué desagradable es esto de ser *manager*!

(Despliegue marinero. Entran FRAY JUAN y un MARINO acompañado de una NATIVA.)

MARINO.— ¿Almirante?

COLÓN.— Decid.

MARINO.— Esta nativa os ha sido regalada por el jefe de la tribu.

COLÓN.— ¿Regalada? ¿Y para qué quiero yo a una nativa?

MARINO.— Pues...

(El MARINO mira a FRAY JUAN y luego a COLÓN sin saber qué responder.)

COLÓN.— ¡Oh, comprendo! No, no, lleváosla de aquí.

FRAY JUAN.— No sería prudente, es un regalo al «dios». Despreciarlo sería una ofensa terrible para la tribu.

COLÓN.— ¡Fray Juan! ¿No pretenderéis que yo...?

FRAY JUAN.— Claro que no. Decid que la aceptáis, pero olvidaos de ella.

COLÓN.— Me parece bien. Os la dejo a vuestro cuidado.

FRAY JUAN.— Pero...

COLÓN.— Enseñadle el idioma castellano y evangelizadla. Y tú, marino, agradece al jefe de la tribu... No, espera, di mejor que el dios está satisfecho con su regalo y dale como símbolo de mi bondad un collar de cristales policromos.

MARINO.— ¡A la orden, Almirante!

COLÓN.— ¡Espera! Y que la próxima vez me regalen oro y no mujeres. Ve y avisa a Pinzón. Deseo hablar con él. *(El MARINO sale. COLÓN se dirige a la NATIVA.)* ¿Cómo te llamas? *(Recelo y silencio.)* En fin, lleváosla, Fray Juan. *(La NATIVA se arrodilla ante COLÓN.)* Pero ¿qué haces?

FRAY JUAN.— Sois un «dios» y también todos nosotros. Estos nativos desean que sus mujeres sean fecundadas por la divinidad.

COLÓN.— ¿Y vos aprobáis eso?

FRAY JUAN.— Vos habéis acabado con vuestro trabajo y ahora empieza el mío. No es fácil dar continencia a vuestros hombres. Si no ordenáis otra cosa, con vuestro permiso, me retiro.

COLÓN.— Id con Dios..., con el auténtico.

(FRAY JUAN sale con la NATIVA. Entra PINZÓN, con el mismo talante que tuvo COLÓN ante el REY en Santa Fe. Los papeles van a trocarse.)

PINZÓN.— ¿Me habíais llamado?

COLÓN.— Así es. Observo que vuestros hombres no sólo se dedican a «familiarizar» con las nativas, cosa que me parece espléndida para el avance de la cristianización, sino que buscan oro y lo acumulan para su beneficio.

PINZÓN.— Ciertamente. Vuestra observación no es engañosa, Almirante.

(Esta escena ha de recordar, por sus movimientos, la del acto primero, si bien es ahora PINZÓN el que resulta insidioso y dominante y COLÓN, como entonces el REY, conducido de sorpresa en sorpresa y siempre por el camino que jamás hubiera pensado, aunque le interese.)

COLÓN.— ¿Y hace falta que os recuerde que todo cuanto se consiga en este viaje deberemos llevarlo al Rey como prueba de nuestro éxito?

PINZÓN.— De vuestro éxito, querréis decir...

COLÓN.— ¿Qué significa vuestra actitud, capitán?

PINZÓN.— Me comprendéis perfectamente. No me parece mal que el éxito sea vuestro, pero si pretendéis también el oro, no lo permitiré.

COLÓN.— ¿Y quién sois vos para impedirme hacer lo que estime conveniente?

PINZÓN.— Soy el capitán de mis hombres, de los hombres que os trajeron a esta tierra, de los hombres que os han construido este fuerte para que vos podáis dormir a cubierto, de los hombres que os protegen de los indios belicosos.

COLÓN.— La autoridad de la ley me protege y los poderes soberanos de Castilla afirman mi voluntad.

PINZÓN.— Comprendo que necesitéis del poder de los demás para afirmar el vuestro. Las cualidades personales nada cuentan, ¿verdad?

COLÓN.— La sumisión se hace a la ley y no a la persona que la representa. Es un principio de autoridad.

PINZÓN.— ¡Yo no me echaré a la mar con documentos ni decretos!

COLÓN.— Olvidáis fácilmente que soy el Almirante, el Gobernador, el Visorrey. Aunque a vuestra soberbia os pese, yo soy España.

PINZÓN.— Habladme de cosas que se pueden tocar, habladme de acciones que merezcan ser admitidas. No poseo humanidades y no entiendo de palabras que carecen de figura. ¿España, decís? Bien, sí, España, ¿y qué? Gritando ¡España! no consigo que mis hombres me obedezcan y luchen y mueran. Hay que decir España y demostrar que ese nombre está bien representado. Mis marinos me obedecen porque soy el más hábil, porque no huyo ante el peligro, porque en la tormenta no me recluyo en la torre, sino que cojo el timón y llevo la nave a buen puerto; me obedecen porque sé mandar a cada uno la misión necesaria. Nada de eso sois vos capaz de hacer. ¿Virrey? ¿Gobernador? ¿Almirante? El mando no procede de un papel ni de una ejecutoria.

COLÓN.— ¡Parece como si envidiarais mis preeminencias...!

PINZÓN.— (*Sonríe con desprecio.*) ¡Oh, no! Os equivocáis. Mi ambición se cifraba en ser marino, y puesto que lo he sido, estoy en posesión del triunfo. Y entended que para lograrlo no he tenido que salir de mi patria, ni aprender otros idiomas, ni usar de la fácil palabra para halagar a un rey del que sois su sombra.

COLÓN.— ¡No soy una sombra!

PINZÓN.— ¿Os duele?

COLÓN.— ¡Escucha, capitán! No es esta misión de marineros que se hacen a la mar a pescar el mísero sustento cotidiano. Hay algo imperecedero en cada clavo de esta nave y en cada ola que se abrió a nuestro paso.

Sirvo a Dios Nuestro Señor y ningún soberbio capitán impedirá el éxito de la empresa.

PINZÓN.— Vos queréis el fracaso y no yo. Vos tenéis el derecho, pero yo soy el poder. He ahí dos fuerzas que debiendo ir unidas y se han separado por vuestra ineptitud. La empresa ha fracasado a no ser...

COLÓN.— ¿Qué?

PINZÓN.— A no ser que nos pongamos de acuerdo: la fama del triunfo para vos. Pero yo no he arriesgado dos naves y mi vida para nada. Quiero la mitad del oro que aquí se consiga.

COLÓN.— (*Mirándole en silencio.*) ¿Nada más?

PINZÓN.— De momento nada más. Sólo necesito eso de vos.

COLÓN.— De acuerdo. Pero recordad que del mismo modo que vos utilizáis mi poder legal, yo utilizo el vuestro de efecto, y esto en tanto me seáis útil.

(*COLÓN queda asombrado y pensativo por sus palabras. PINZÓN sale. Precipitadamente, COLÓN avanza hacia el público como si hubiera comprendido algo terrible en sus palabras, pero se siente incapaz de expresarlo. Entra MARCO POLO.*)

POLO.— ¡Muy inteligente, Cristóbal!

COLÓN.— (*Sorprendido en su meditación.*) ¿Quién...? ¡Ah, sois vos!... ¿Inteligente? ¿Por qué?

POLO.— Más que el jefe de ese hombre, eres su prisionero; mientras estéis lejos de España no debes hacer nada que pueda arruinar tu éxito. Has hecho bien pactando con él.

COLÓN.— ¿Lo creéis así? (*Sombrío.*) El Rey también pactó conmigo.

POLO.— (*Sin comprender.*) Cuando tú regreses a España como triunfador, ¿quién se acordará de Martín Pinzón? Tú a la gloria y él a la oscuridad de donde procede.

COLÓN.— Estoy más cerca de la actitud de ese hombre que de la mía propia, pero nada se puede hacer: tan prisionero está mi cuerpo como mi espíritu. Esa gloria de que habláis, Marco Polo, me está obligando a muchas cosas que no deseo.

POLO.— Todo placer cuesta algún sacrificio.

COLÓN.— ¿Y quién os dice que yo deseo el placer?

POLO.— Antes...

COLÓN.— ¡Antes! ¡Antes! Yo estoy en el ahora y no me gusta el precio que estoy pagando por lo que antes deseaba.

POLO.— Te quejas por poco: luchar en la tormenta, perder una nave, sofocar un motín y hacer un pacto con un estúpido ambicioso no es demasiada carga. De cualquier modo, ante las dificultades imprevistas, pregúntate lo que haría el Rey en tu lugar y obra de igual modo.

COLÓN.— ¡Jamás! ¡Yo soy Cristóbal Colón! Creo en mí. ¡Soy Cristóbal Colón! Quiero que mis acciones sean sólo mías. ¡Soy Cristóbal Colón!

POLO.— Por supuesto, por supuesto: eres Cristóbal Colón y la Historia grabará tu nombre para siempre en el libro de los inmortales, y así todos...

COLÓN.— ¡Oh, no entendéis nada! Dejadme solo, os lo ruego. (POLO *vacila y sale; todavía espera su comprensión. Antes del mutis se cruza con la NATIVA que, por supuesto no le ve, espíritu acrónico como es. La NATIVA, se acerca a COLÓN y le toca suavemente.*) ¿Eh? ¿Quién...? ¡Ah, eres tú!

NATIVA.— Creo en Dios Padre.

COLÓN.— ¿Qué?

NATIVA.— Creo en Dios Padre.

COLÓN.— Vaya, observo que Fray Juan es eficiente. ¿Qué quieres?

NATIVA.— Creo en Dios Padre.

COLÓN.— ¡Pobre criatura! Fray Juan en vez de enseñarte el castellano y evangelizarte, lo ha hecho al revés.

NATIVA.— ¿Creo en Dios Padre?

COLÓN.— Tú sabrás, pequeña. ¿Cuál es tu nombre?

NATIVA.— Creo en Dios Padre.

COLÓN.— (Al mismo tiempo.) Creo en Dios Padre. (COLÓN *sonríe con ternura.*) Mi nombre es Cristóbal Colón. Dilo: Cristóbal Colón.

NATIVA.— Creo en Dios Padre.

COLÓN.— Cris-tó-bal Co-lón.

NATIVA.— Creo en Dios Padre.

COLÓN.— ¡No, no! ¡Cristóbal Colón!

(Ella se arrodilla a los pies de COLÓN y solloza asustada.)

NATIVA.— Creo en Dios Padre. Creo en Dios Padre. Creo en Dios Padre.

COLÓN.— (*Al público.*) Ni en Castilla he visto fe tan grande. Anda, levántate.

No temas, no voy a pegarte: soy un dios pacífico.

NATIVA.— ¿Creo en Dios Padre?

COLÓN.— En tanto no aprendas el Credo completo, supliré tu ignorancia con mi imaginación. ¿Me has preguntado si te perdono? Sí, te perdono, aunque no sé de qué, te perdono.

NATIVA.— (*Muy cariñosa, buscando roces.*) ¿Creo en Dios Padre?

COLÓN.— No, criatura, un visorrey debe tener continencia. ¿Qué dirían mis hombres?

NATIVA.— Creo en Dios Padre.

COLÓN.— Cualquier cosa menos eso. Pero ¿te has fijado en ellos? Son ambiciosos, no tienen escrúpulos: concebir indias y encontrar oro son sus preocupaciones mayores. Tu pueblo nos ha considerado dioses y habéis elegido muy mal la divinidad. Hay que luchar contra la ignorancia; sólo así tu pueblo será libre.

NATIVA.— Creo en Dios Padre.

COLÓN.— Tienes razón. Antes de venir nosotros, erais las criaturas más libres del mundo. La civilización tiene sus inconvenientes. Y después de todo, ¿soy yo mejor que mis hombres? No, mucho peor. Ellos son instintivos, sus desmanes son producto de la flaqueza de su cuerpo. Pero yo soy racional, y si les permito cualquier acto para tenerles contentos y a mi favor, esta decisión me la dicta el entendimiento. ¡Ah, qué desgracia no haber nacido necio para exigirme poco!

NATIVA.— Creo en Dios Padre.

COLÓN.— ¿Que soy un cobarde?

NATIVA.— Creo en Dios Padre.

COLÓN.— Sí, no puedo argumentar en contra: soy un cobarde. Pero ¿qué puedo hacer? ¡También yo estoy varado! Prisionero de mí mismo. He conseguido cuanto he querido, pero si ahora no puedo rectificar, significa que me has esclavizado. Y yo quiero ser dueño de mis actos y no reaccionar según los demás esperan de mí. Atado. No puedo hacer nada. Nada. No me mires así. ¿Qué puedo hacer?

NATIVA.— Creo en Dios Padre.

COLÓN.— Sí, eso es: luchar. Repítelo.

NATIVA.— Creo en Dios Padre.

COLÓN.— Exactamente, luchar. Cuando un prisionero prepara su fuga, no está preso espiritualmente, pues le anima la esperanza. Cuando alguien me quiere encarcelar...

NATIVA.— ... creo en Dios Padre...

COLÓN.— Cuando sienta mis carnes fatigadas por el triunfo...

NATIVA.— ... creo en Dios Padre...

COLÓN.— Y aunque todos estén en contra mía...

NATIVA.— ... creo en Dios Padre.

COLÓN.— Eso es: a luchar, a luchar, a luchar.

NATIVA.— Creo en dios Padre, creo en Dios Padre. Creo en Dios Padre.

(COLÓN abraza riendo a la NATIVA. Cuando se da cuenta de su arrebato, sintiendo la carne de ella, sin soltarla, dice:)

COLÓN.— ¡Qué poca divinidad debes de ver en mí! Me has humanizado y así ya no debo representar ni los personajes que me imponen ni los que yo siempre me he impuesto. Eso me da nuevas fuerzas para seguir. *(La deja y va a la puerta resolutivo.)* ¡Pinzón! ¡Pinzón! Apareja las naves. Volvemos a España.

(El CORO entra cantando mientras prepara la siguiente escena en la Corte de Barcelona, donde el gris triste y cejijunto del primer acto, se ha convertido en oro viejo. Los palios, antes escuetos, son ahora de barroca composición y se alargan más allá del escenario.)

CORO.— El error de quien triunfa
es quererse mantener
y cuando se está en la cumbre
sólo se puede caer.
Por el triunfo en leyenda
tú te puedes convertir
siempre que tengas buen tino
no pretendiendo seguir.
Ser leyenda es estar muerto

y procura no vivir
o te juro que es muy cierto
que te van a hacer morir.

(El REY FERNANDO mide los suelos del Salón de Ciento en paseos nerviosos que parecen remolinos. Entra, avisado, el MENSAJERO.)

MENSAJERO.— ¡Majestad! ¡Majestad!

REY.— ¿Qué hay mensajero?

MENSAJERO.— ¡Cristóbal Colón!

REY.— ¿Ya?

MENSAJERO.— ¡Cristóbal Colón ha llegado a Barcelona! ¡Su nave está arribando!

REY.— ¿Tiene la línea de flotación muy baja?

MENSAJERO.— No me fijé.

REY.— ¡Estúpido! Ve y dímelo sin tardar. *(Sale corriendo el mensajero. Hay cruces continuos de corte ajetreada.)* ¡Escribano!

(Entra el ESCRIBANO.)

ESCRIBANO.— ¿Majestad?

REY.— Redacta dos decretos: uno donde hagas constar el fracaso de Colón, castigándole por su soberbia al querer llegar donde Dios no lo permite, y otro otorgándole honores por el éxito de su empresa.

(Sale corriendo el ESCRIBANO.)

REY.— ¿Mayordomo?

(Entra el MAYORDOMO.)

MAYORDOMO.— ¿Majestad?

REY.— Avisa al maestro de ceremonias para que prepare una fiesta de bienvenida, y al verdugo para que levante un patíbulo para un castigo ejemplar.

(Entra el MENSAJERO que casi tropieza con el MAYORDOMO.)

MENSAJERO.— ¡Majestad! ¡Majestad! ¡Cristóbal Colón acaba de tomar tierra!
¡Trae cofres rebosantes de oro y una corte de nativos!

REY.— ¡Escribano!

(Entra el ESCRIBANO.)

ESCRIBANO.— ¿Majestad?

REY.— ¡Rompe el decreto!

ESCRIBANO.— ¿Cuál de los dos, Majestad?

REY.— ¡Cuál va a ser necio! ¿No ves cómo el Rey abre sus brazos al hombre triunfante del que nunca dudó? ¡Pronto! ¡La Corte! Recibamos a nuestro invicto navegante.

(Despliegue cortesano bajo pendones y doseles. La Corte viste riquísimas telas con exagerados toques en las cabezas. Sus movimientos son hieráticos: se trasladan sin mover los pies, ni los brazos y dando siempre el frente al público. El REY recibe a la REINA y se sientan en el trono convertido ahora en una almohadilla de cruces emperladas. Entra COLÓN, solo, y se arrodilla ante los REYES, pero antes que éstos le den la vertical, el navegante se yergue con arrogancia.)

COLÓN.— Majestad, he triunfado plenamente.

REY.— España se alegra se haberos proporcionado la ayuda imprescindible para triunfar.

(COLÓN manifiesta con leve gesto la contrariedad de la respuesta del REY e intenta reafirmarse con nuevas pruebas.)

COLÓN.— Mi viaje puede dar a España, entre otras cosas, el oro de los ríos y las minas de las Nuevas Indias, la madera de los árboles gigantescos

para hacer flotas invencibles, variadas especies y algodón en abundancia para el comercio. De todo ello traigo pruebas conmigo.

(Hace gesto pretencioso para que entre el cortejo, pero el REY le acorta el despliegue.)

REY.— Creeríamos igualmente en vuestra palabra si no viera esos presentes.

COLÓN.— «Al idealista le sobra con la fe, por eso cuando además de creer intenta probar, cae en locura.» ¿Lo recordáis, Majestad? Son palabras vuestras. *(La REINA simula aprobaciones al mismo tiempo que detiene los ímpetus del REY.)* Pues bien, he aquí la prueba de mi fe: metal de oro, metal de plata, perlas, ramas de especie, madera resistente, aves exóticas, fruta tropical, nativos y otras cosas.

(Tras una pausa de siglos, el REY se impone a sí mismo, sonrío y muy cortesano asiente.)

REY.— Me place. Y ahora, puesto que deseo continúe lo que habéis comenzado con la ayuda de Dios y España, aparejad nuevos barcos para regresar.

COLÓN.— ¿Cuántos barcos, Majestad?

REY.— Los que queráis.

COLÓN.— Veinte. ¿Cuántos hombres?

REY.— Los que preciséis.

COLÓN.— Dos mil. ¿Armamento?

REY.— El necesario para imponer la voluntad de España.

REINA.— Que no es otra cosa que la voluntad de Dios.

COLÓN.— Partiré en doce meses.

REY.— En diez.

COLÓN.— En ocho.

REY.— ¡Sea! *(El REY le sonrío como entonces lo hiciera en Santa Fe, como demostrando que todavía sabe aprovechar los defectos del navegante. COLÓN, por el contrario, se da cuenta y permanece serio.)* Y ahora os presentaremos a la Corte.

(La REINA y el REY con COLÓN pasean por la sala, hablando entre sí y hacia el público en apartes.)

REINA.— El Marqués Rodrigo de Santa Ana.

COLÓN.— ¡Ah, Marqués! Conozco vuestra afición por los caballos.

MARQUÉS.— ¿Practicáis la equitación?

COLÓN.— Sólo cuando es necesario..., y ahora, desde luego, ya no lo es.

(La Corte se traslada como en danza de murmullos.)

REINA.— Mi íntima Teresa Enríquez.

COLÓN.— Sé que sois la guía mística de la Reina. He intentado llevar el ejemplo de vuestra virtud a las Nuevas Indias, pero los nativos insisten en ofrecer a sus mujeres a los marinos, a los que creen dioses.

TERESA.— ¿Y vos lo permitís?

COLÓN.— Prefiero que esas mujeres se crean fecundadas por la divinidad que violadas por aventureros, pues así no tiene concepto pecaminoso de su acto.

TERESA.— En una empresa tan cristiana, no pueden participar esos aventureros por vos elegidos.

COLÓN.— Señora, pude ir a las Indias contratando como marinos a carne de horca a los que prometí el perdón de sus vidas que muchas veces no han respetado los comedores de carne.

TERESA.— ¿Comedores de carne?

COLÓN.— En efecto. Esa empresa tan cristiana de que habláis es más peligrosa y complicada de lo que puede suponerse desde el esplendor de estas fiestas o desde la tranquilidad de un reclinatorio.

REINA.— *(Al REY.)* El navegante se siente tan seguro de su poder que ya ni disimula el desprecio que siente por nosotros.

REY.— Pese a todo le daremos cuantas prebendas desee, y más si quisiera; subiéndolo a ese hombre a la cumbre difícilmente verá con detalle lo que sucede abajo, y en caso preciso siempre nos será fácil hacerle caer con la seguridad de que no habrá de levantarse si cayó desde tan alto.

REINA.— *(A COLÓN.)* ¿Recordáis a Hernando de Talavera?

COLÓN.— Me place deciros que ya está abierto el camino de la cristianización de las Indias.

TALAVERA.— Y abierto también el camino a la lujuria y la herejía por la depravación de vuestros hombres.

COLÓN.— ¿Por qué culpar a los hombres y no a las instituciones? Según lo que vos les hayáis enseñado aquí, allá florecerá.

TALAVERA.— ¡Aquí nunca se les enseñó a violar mujeres indias!

COLÓN.— ¡Cierto! No las había hasta que yo las descubrí.

(El murmullo tiene ritmos que se apuntalan con breves coreografías.)

CORTESANO 1.— Observad cómo un extranjero de origen humilde alcanza cimas de gloria.

CORTESANO 2.— Inaudito. Eso sólo puede conseguirse en tiempos de guerra o por el escalafón religioso.

CORTESANO 3.— En tiempos como los nuestros no es extraño que ocurran cosas así.

REY.— *(A la REINA.)* Los cortesanos murmuran con desagrado.

REINA.— Mejor. La murmuración es el alimento de los impotentes.

REY.— ¿Mateo?

REINA.— No, Isabel. Con la boca llena de envidia no se puede morder.

(Van saludando.)

REY.— El pueblo desprecia a la Corte y la Corte al pueblo. Colón pertenece al pueblo por origen y a la Corte por su esfuerzo. Si llegado el caso repudiamos al navegante, el pueblo y la Corte celebrarán nuestra decisión.

(A un gesto de los REYES, la Corte se retira y, por primera vez, muestra al público su espalda. Los riquísimos vestidos no alcanzan a cubrirlos y piernas, nalgas y hombros aparecen con remiendos o al aire. Antes de que la Corte desaparezca del todo, la REINA se retrasa con dos damas y COLÓN avanza en la esperanza de una entrevista. La REINA presiente la espera de COLÓN y se vuelve a él. La luz delimita espacios.)

COLÓN.— Vuestras joyas ayudaron a la empresa, pero no fueron sus destellos los que guiaron mis pasos.

REINA.— Sr. Almirante de la Mar Océana...

COLÓN.— ¡Tratamiento histórico! ¿Así lo queréis en este aposento cotidiano?

(La REINA hace una señal a las damas para que la despojen de armiños. Y cuando la sencillez de unas ropas queda ofrecida, las damas se retiran.)

REINA.— Miradme, Almirante. Penetrad a fondo en mi espíritu. ¿Soy ahora menos reina que antes? *(Un silencio expresa la confusión del navegante.)* Vine al mundo desnuda y desnuda ya era reina o estaba de Dios que lo fuese. ¿Por qué alimentar murmullos de soldadesca ociosa, cortesanos rencorosos o historiadores de anécdota fácil? Os di las joyas por tres motivos.

COLÓN.— ¿Primero?

REINA.— Por mi fe en la fe.

COLÓN.— ¿Segundo?

REINA.— Por mi fe en el Imperio.

COLÓN.— ¿Tercero?

REINA.— Por mi fe en vos.

COLÓN.— ¿Y cómo ordenáis los valores? ¿Primero, segundo, tercero? ¿Tercero, segundo, primero? ¿Primero, tercero, segundo?

REINA.— La combinatoria es en exceso dilatada. Cesad en vuestro juego cortesano.

COLÓN.— ¿Qué fe pesa más en vos? ¿La fe de la devota, la fe de la reina o la fe de la mujer?

REINA.— Sois obstinado. Escuchad si lo queréis claro: alma, cabeza y corazón. No puedo ser una y tres al mismo tiempo. Me lo prohíbe la lógica, el Rey y la Inquisición. Pero si hubiera motivos para creer que la Inquisición tiene razón y yo hubiera perdido la mía, yo misma cortarí la leña, me atarí al palo, prenderí la tea y rogarí a Dios tempestad para aventar mis cenizas. Que vuestro corazón no hurte vuestra merecida gloria.

COLÓN.— La historia pide mucho a cambio de entrar en ella.

REINA.— Adiós, Almirante.

(La REINA hace mutis ante la soledad de COLÓN, remarcada por un círculo parco de luz. MARCO POLO rompe el clima.)

POLO.— Y bien, ya estás donde querías, Cristóforo.

COLÓN.— (*Tuteándole.*) ¡Ah, Marco, eres tú! ¿Donde quería, dices? ¿Pero te has fijado en esa corte de paniaguados, crucescontentos y rebabados? ¡Y desde esta corte, se fragua el porvenir de un nuevo mundo...!

POLO.— El descubrimiento de América...

COLÓN.— ¿De qué...?

POLO.— No, perdona. El descubrimiento de las nuevas Indias será considerado el más glorioso y desinteresado intento de cristianizar un mundo o el más bárbaro y ambicioso suceso de la historia: todo depende de la ideología del Gobierno que lo juzgue.

COLÓN.— Créeme, Marco, la política da asco.

POLO.— Tú también la haces a tu manera. ¿Y qué piensas hacer ahora? (*Pausa, en la que COLÓN medita y recuerda. POLO, como otras veces, va a golpearle el hombro, pero COLÓN detiene su brazo.*) Contesta, ¿qué piensas hacer ahora?

COLÓN.— Lo que ya estoy haciendo: creer en Dios Padre.

(El CORO entra retirando la escena española para montar de nuevo las Indias.)

POLO.— Eso está bien; la fe mueve montañas.

COLÓN.— Siempre que no haya un necio empujando por el otro lado.

CORO.— El error de quien triunfa
es quererse mantener
y cuando se está en la cumbre
sólo se puede caer.

(En la tienda de COLÓN. Entra un COMISIONADO de la Corte.)

COLÓN.— ¡Decid! ¿Qué nuevas hay de España?

(Grandes legajos aparecen reclamando sumisiones.)

COMISIONADO.— El Rey y la Reina me ordenaron que al llegar de nuevo a las Indias os recordara las disposiciones que debéis acatar.

COLÓN.— Sus Majestades son precavidos. (*Amenazador.*) Leed.

COMISIONADO.— Primero: todo colono debe hacer juramento de lealtad al Rey y a la Reina de España... (*COLÓN rubrica cada orden rompiendo un objeto que se interpone en su paseo azogado. El COMISIONADO cada vez lee con más estrangulos de garganta.*) Segundo: en cualquier juicio que se hiciere, se mencionará que la justicia la otorgan el Rey y la Reina de España. Tercero: que toda orden general dada por el Almirante Cristóbal Colón, Visorrey y Gobernador de las Indias Españolas, debe ser revisada, firmada y sellada por...

COLÓN.— (*Al mismo tiempo que el COMISIONADO.*) ... el Rey y la Reina de España.

COMISIONADO.— (*Dudando.*) ¿Cuarto...?

COLÓN.— ¿Cuántas disposiciones quedan?

COMISIONADO.— ... Cuarenta y dos..., pero no hay premura en leerlas hoy.

COLÓN.— Dádmelas. Las acabaré de leer a solas, recapacitando en cada una de ellas la sabiduría de quien las escribió. Y ahora salid.

(*Dando traspiés, sale el COMISIONADO.*)

COMISIONADO.— Almirante...

(*Y tropieza con DIEGO, hermano de COLÓN, que entra en este momento.*)

COLÓN.— Diego, hermano. Recluye con la excusa de enfermedad infecciosa a todos los oficiales reales.

DIEGO.— ¿Es eso prudente?

COLÓN.— No te pregunto si lo es. Que seas mi hermano no te da derecho a discutir mis órdenes.

DIEGO.— Lo digo por los comentarios que oigo a los colonos.

COLÓN.— ¿Ya tenemos descontentos? Procuero hacer de ellos hombres puros, pero se resignan a dejar de ser culebras cortesanas.

DIEGO.— No conviene tratarles mal. Si nos crean problemas puede retrasarse la evangelización. Mejor sería concederles ciertas prerrogativas.

COLÓN.— (*Empuñando los legajos.*) ¿Me pides que acate decisiones de bellacos, cuando el Rey, para hacerse obedecer por mí, ha necesitado de cuarenta órdenes?

DIEGO.— La situación en el poblado empieza a ser insostenible. En el barracón habilitado como hospital la gente agoniza en cuerpo y espíritu.

(La escena se transmuta en hospital. Baños, lienzos aji-ronados, azotes con ramas para acelerar el riesgo sanguíneo; lamentos, humo, trasiego enfebrecido..., y al fondo, un ritmo que anuncia tema musical.)

COLÓN.— Lo que antes era bueno como aventura, deja de serlo como industria. Acompañame al hospital. Quiero hablarles. (*Ya la escena está puesta, de tal modo que COLÓN no se mueve de su sitio y habla a los enfermos que le rodean.*) Alegraos porque habéis venido aquí por ordenación divina. (*Acorde.*) Evangelizad con vuestro sufrimiento. (*Acorde.*) Que él sea el mejor ejemplo de cristiana resignación (*Acorde.*) y Dios os recompensará.

(La fingida comprensión irrita más si cabe a los ENFERMOS, que atacan vibrantes con música.)

CORO DE ENFERMOS.— Prometisteis, prometisteis
cumplir
prometisteis, prometisteis
pero nada habéis cumplido
prometisteis, prometisteis
pero sólo habéis sabido
mentir.

ENFERMO 1.— ¿Qué habéis hecho del Edén?

ENFERMO 2.— Las riquezas ¿dónde están?

ENFERMO 3.— ¡Es posible lo sepáis!

ENFERMO 4.— ¡No ocultéis más su lugar!

(COLÓN mira al público y dice sin cantar, mientras los ENFERMOS mascullan a ritmo: «prometisteis».)

COLÓN.— ¡Lo que puede la propaganda! ¡El Rey ha llenado mis Indias de ambiciosos y visionarios!

NOBLE ENFERMO 1.— Tengo honores principales
son mis títulos reales:
hemofilia de familia,
visto armiño, calzo espuela,
de la corte soy escuela,
bula de carne en sagrado
y jamás fui derrotado
ni en cama, mesa, ni prado.

NOBLE ENFERMO 2.— Mis blasones son razones
que debéis considerar,
yo no vine con misiones
de labriegos para arar.
Fatigarme por las manos
a mi honra es un ultraje,
dadle eso a los villanos
que nacieron sin linaje

(A ritmo contrapunteado, se oye el prometisteis.)

ENFERMO 1.— Aquí no se comen más que perros, lagartos y hierbas de escaso sabor.

ENFERMO 2.— ¡Hemos trabajado más que en España y no hemos ganado nada!

ENFERMO 3.— ¡Nada!

ENFERMO 4.— Ni oro ni plata, ni las perlas que nos prometisteis.

ENFERMO 1.— ¿Dónde están las montañas áureas de Cipango?

ENFERMO 2.— ¿Dónde?

ENFERMO 3.— Aramos tierra, pero no cosechamos oro.

COLÓN.— ¡Miserables! El más bajo de los españoles se arroga el poder de atropellar al jefe más eminente de estas tierras. Miserables, os he visto horrorizado exterminar por diversión tribus enteras, sin miramiento para niños o mujeres. Miserables, vuestra codicia no tiene horizonte. ¿De qué os quejáis, brutos sin medida?: Arrancáis a tirones los adornos que los nativos llevan en sus orejas y narices, desgajando carnes. Miserables que olvidáis lo elemental tras la carne de nativas.

NOBLE 1.— Vos, como representante del Rey, no podéis atropellar nuestra libertad.

COLÓN.— Colón puede, miserable, porque la libertad es hacer lo que la ley permite, y siendo yo aquí la ley, no permito haraganes. ¿Pues qué, señor principal? ¿Pensabais que vivir en las Indias era lo mismo que bailar en fiestas cortesanas?

NOBLE 2.— Nosotros hemos venido para conseguir oro. Dadnos, pues, el oro que en España el Rey nos prometió.

COLÓN.— Yo no prometí nada.

NOBLE 1.— La ley nos ampara y vos deberíais acatarla.

COLÓN.— ¿Puede una ley dictada en la comodidad de un palacio administrarse en la feroz y sigilosa selva? ¡Oíd el rugido del jaguar o el repteo de la serpiente! ¡Ésa es mi ley y tendrá que ser la vuestra si queréis sobrevivir!

CORO ENFERMOS.— Ignaro Almirante
maldito farsante;
fingiste, adulaste
para conseguir
tu gloria
en la historia,
vejando la honra
de nobles señores
a quien sus honores
debíais servir.

COLÓN.— ¡Hermano! ¡Organiza con estos hombres una expedición a través de la selva para buscar el oro que desean!

NOBLE 1.— ¡Estoy enfermo!

COLÓN.— ¡Estáis asustado!

NOBLE 2.— ¡No podemos ir solos!

COLÓN.— (*A empellones.*) Os acompaña la ambición y la historia. Vamos, salid.

NOBLES.— Sin esperanza, degenerados
nuestras vergüenzas destilan pus,
esas nativas con sus pecados
han quebrantado nuestra salud

COLÓN.— ¡Fuera! ¡Fuera del hospital! ¡Fuera de mis Indias!

NOBLE 1.— El Rey jamás actuaría como vos.

COLÓN.— No sabéis la alegría que me dais con vuestra opinión. Soy diferente al Rey ¡Cierto! ¡Muy diferente! (*Enfebrecido, un enfermo se agarra a los pies de COLÓN.*) ¿Y vos? ¿Sois diferente al Rey, o sois tan sólo una prolongación suya? ¿Un miembro que ha de obedecer en todo?

ENFERMO.— Casadme de oro los dedos
doradme las sienas con tiara
vestidme los auros ropajes
pepitas, lingotes, quilates...

(*Abatido, cae moribundo comprendiendo la verdad.*)

que la juventud he perdido
y sin oro qué sentido
puedo ya a mi vida dar.
Fracasado, envejecido
en el puerto en que he nacido
nadie me querrá esperar

(*Expirando.*)

Prometisteis..., prometis... teis
cumplir..., pero... nada...

(*El CORO se va cantando el estribillo, mientras COLÓN queda circunscrito de luz y con un jirón de ropa del moribundo en las manos. Un grito no es bastante para expresar su angustia.*)

COLÓN.— ¡Ah! No es por ambición por lo que he querido rebelarme contra el Rey erigiéndome en monarca de las Indias, sino por afirmar mi personalidad.

(*MARCO POLO, que ya apareció en las penumbras durante la muerte del enfermo interviene ahora, aunque COLÓN apenas si reacciona a su presencia, creyendo que la voz es su propio remordimiento, o su duda.*)

POLO.— ¿Tu personalidad? Cuando están en juego miles de vidas y el futuro de dos naciones, ¿sólo eres capaz de pensar en tu personalidad?

COLÓN.— Sí ¡En mi personalidad! El mundo no puede estar regido por sombras. Estáis consiguiendo que el nombre de Cristóbal Colón haga suponer una personalidad que no es la mía, ¡y eso no puedo consentirlo! (POLO desaparece y COLÓN se precipita hacia el público buscando soluciones.)
¿Soy Cristóbal Colón? ¿O me llamo Cristóbal Colón?

(Entran dos alguaciles y un CAPITÁN.)

CAPITÁN.— ¿Cristóbal Colón?

COLÓN.— ¡Yo soy!

CAPITÁN.— Seguidnos.

COLÓN.— ¿Quién sois vos para emplear ese tono conmigo?

CAPITÁN.— (A los ALGUACILES.) ¡Atadle!

(Los ALGUACILES se echan sobre COLÓN y le fuerzan.)

COLÓN.— ¿Qué? ¡Ralea! Soltadme. Soy Cristóbal Colón. El Rey me vale.

CAPITÁN.— Que no grite. Tapadle la boca. No debe importunar durante el viaje de regreso a España.

COLÓN.— ¡Soy Cristóbal Colón! ¡Visorrey de estas tierras! ¡Os ordeno que me soltéis!

(La mordaza impone silencio al navegante.)

CAPITÁN.— Y ahora cubridle el rostro. Nadie debe saber quién es.

(Le encapuchan. Oscuro. Campanas. Hierros de calabozo. Rezos.)

VOCES EN LETANÍA ORQUESTADA

CONTRAPUNTO

Tomás de Torquemada
prior de dominicos.
José de Molinés
de la Rota romana.
El dominico Aliaga
confesó a Felipe Tres.
Consejero de Castilla
Arzobispo de Orbén.
Antonio Lorenzana
de Toledo Cardenal.
Alfonso de Manrique
obispo de Sevilla.
Bernardo Sandoval
del Estado consejero.
Jiménez de Cisneros
cuidose de Toledo.
García de Loiasa
confesó al Emperador,
y el obispo Beltrán
salmantino cuidador.
Bautista de Acevedo
patriarca de Ultramar.
Juan Pardo de Tavera
de Toledo Cardenal.

Penitencia, penitencia
y salvación.
Penitencia, penitencia
y salvación
Sospechosos, delatados
los confesos, los convictos,
los blasfemos, los prendidos.
Penitencia, penitencia
y salvación
Penitencia, penitencia
y salvación
Por el potro, confesados;
por el fuego, redimidos
y en cenizas olvidados.
Penitencia, penitencia
y salvación
Penitencia, penitencia
y salvación

(Al aparecer la luz entran hombres con hábitos de monje, cubiertos sus rostros con capuchas. COLÓN está atado a un tenebroso ingenio de tortura. Una ventana en forma de cruz derrama luz dibujada sobre los personajes.)

MONJE 1.— En Castilla, día de gracia del Señor, la Santa Inquisición requiere la presencia del Almirante Cristóbal Colón.

COLÓN.— ¿Dónde estoy? ¡Soy el Visorrey de las Indias! ¡Soltadme! *(Le desatan las manos. Aunque su cuerpo sigue preso. COLÓN se saca la capucha.)*

¡Al fin veo algo, aunque lo que veo no me gusta! ¡Soy el Almirante Cristóbal Colón! ¡Soltadme! ¡Exijo saber por qué me ha traído a España secretamente!

MONJE 1.— Estáis aquí para comparecer ante un juicio de la Santísima Inquisición.

COLÓN.— ¿Juicio? Nada tengo de qué arrepentirme.

MONJE 2.— Si es así, no os importará prestar colaboración.

COLÓN.— (*Dándose cuenta de que no está ante frailunos ignorantes.*) Ciertamente, no me importa el juicio en sí, pero no admito los modos en que se me ha hecho comparecer, ni el secreto en que queréis juzgarme.

MONJE 2.— Sólo importa la verdad. Todo lo que ayude a que la verdad resplandezca sea bienvenido.

MONJE 1.— ¿De dónde sois?

(*La ausencia de preámbulos en el interrogatorio desconcierta a COLÓN.*)

MONJE 2.— ¡Contestad!

MONJE 1.— ¿De dónde sois?

COLÓN.— ... Vengo de Génova.

MONJE 1.— Es de Génova.

MONJE 2.— «Viene» de Génova, lo que no significa que haya nacido allí. Observad que no habla nunca italiano y tampoco lo ha escrito nunca, que se sepa: unas cartas suyas, dirigidas al padre Gorrico, y otras a su hermano Bartolomé y a su hijo Diego están escritas en castellano. ¿Ha olvidado, acaso, este hombre el idioma de su nacimiento, de su niñez y de su juventud?

COLÓN.— ¿Qué importancia puede tener que haya adoptado otro idioma, otro idioma que es, precisamente, el de la nación que me dio cobijo?

MONJE 2.— Como caso aislado no habría de importar; pero son demasiadas circunstancias las que convierten vuestro caso en algo particularmente misterioso. Me consta (*A los demás.*) que conoce el italiano y el portugués, cosa explicable en un marino, pero ya no es tan razonable el conocimiento del latín, si de niño fue lanero y durante veintitrés años estuvo en el mar y no dedicado a las humanidades.

COLÓN.— La mar no impide el estudio...

(Mediante las sogas que enlazan el potro, se violenta a COLÓN, que gime con rabia.)

MONJE 1.– Meditad antes de hablar, y rezad antes de meditar.

MONJE 2.– Todo en la vida de este hombre es contradictorio, misterioso y marcadamente extraño, y sólo se me ocurre una razón para que haya sido así: que él mismo deseara rodear su nacimiento, su raza, naturaleza y ambiente social con un velo oscuro que protegiera alguna causa condenable. ¡Estamos aquí para hallar esa culpa!

COLÓN.– ¡Estáis juzgando a la Historia: no podéis hacerlo a escondidas!
¡La posteridad os pide luz!

MONJE 1.– Ayudadnos vos a iluminar la verdad.

MONJE 2.– ¿Es cierto que una vez descubristeis las Nuevas Indias recomen-
dasteis al Rey que enviara allá «buenos cristianos»?

COLÓN.– ¡Cierto!

MONJE 2.– ¡Observad que no dijo «viejos cristianos», sino «buenos», buenos
en el sentido de reconocidos, con lo que abría las puertas del Nuevo
Mundo a los conversos judíos!

COLÓN.– ¿Dudáis de los conversos? ¡Dudad de España entera!

(Nueva vuelta de torniquete, mientras los monjes comentan las últimas palabras de COLÓN. Un monje, al que se ofrece preeminencia, tose con disimulo y todos callan. El MONJE 2 va a seguir su interrogatorio, pero ante un gesto del monje mayor, misterioso expectante, calla cediendo la vez al MONJE 1.)

MONJE 1.– Ciertamente no se pude acusar a este hombre por pedir al Rey
que enviara buenos cristianos, conversos o no a las Indias.

MONJE 2.– *(Más suave.)* No dudo de los judíos conversos, tan sólo he querido
hacer notar que este hombre siempre demostró gran amor a España de
modo aparente...

COLÓN.– ¡Falsedades...!

MONJE 1.– *(Aplicando potro.)* Meditad antes de hablar y...

COLÓN.– Ya sé, ya sé: Sursum corda.

MONJE 2.– Existen testimonios de su admiración por la morisma y de su vinculación a los judíos, incluso antes de su conversión. ¿Cómo puede un hombre realizar una misión cristiana si parte de su cuerpo está poseído por la herejía?

COLÓN.– ¡Estáis insinuando monstruosas falsedades!

MONJE 2.– ¿Falsedades? ¿Es o no cierto que al seros preguntado el año en curso respondisteis que el 5425, según el sistema judío?

(Expectación.)

COLÓN.– ... es posible que alguna vez...

(Murmullos.)

MONJE 2.– ¡Cristóbal Colón pertenece a una familia de judíos instalada en Génova! ¡Cristóbal Colón es un sefardita!

(Nuevamente las voces forman remolinos. El MONJE que asiste en silencio hace una señal al que habló en primer lugar.)

MONJE 1.– Si fuera cierto el origen judío de este hombre, nada tendríamos contra él. En la actualidad puede ser un buen cristiano.

MONJE 2.– Si es tan buen cristiano, ¿cómo tiene un bastardo de una cordobesa llamada Beatriz Enríquez? Y es más, al serle preguntado que por qué no se casaba con ella, respondió que porque Dios así se lo ordenaba.

COLÓN.– ¡Y es verdad!

MONJE 2.– ¿Mandaría Dios que cualquiera de sus hijos permaneciera en el monstruoso pecado de la lujuria y exhibiera su depravación públicamente?

COLÓN.– ¡No debía sujetarme a la felicidad de un hogar en tanto no cumpliera la misión que Dios me había impuesto!

MONJE 2.– ¿Y quién sois vos, laico, para interpretar la palabra de Dios? ¿Cuál sería entonces nuestro ministerio? Bordeáis la herejía...

MONJE 1.– *(Aplicando torniquete.)* Pater noster...

MONJE 2.— ¿Quién nos asegura que vuestra visión extranatural, admitámosla por un momento, era divina y no demoníaca?

COLÓN.— ¿Mandaría el diablo llevar a Cristo a las Indias? ¡Era Dios, el mismo Dios el que me ordenó llevar a su Divino Hijo a las tierras de la ignorancia!

MONJE 2.— ¡Mirad el monstruoso pecado de orgullo! ¿Os creéis elegido por Dios? ¡Sólo un hereje cometería tal pecado contra la humanidad cristiana!

COLÓN.— ¡He llegado a las Indias! ¡La razón está de mi parte!

MONJE 2.— ¿Y acaso en ese nuevo mundo no habéis hecho más honor a vuestro apellido que a vuestro nombre? ¿Acaso no habéis «colon... izado», más que «crist... ianizado»?

COLÓN.— Si el hombre es a la vez racional e instintivo, si a la vez se muestra creyente y escéptico, si en ocasiones es bondadoso y, sin embargo, en otras es agresivo y cruel, ¿por qué asombrarse de que en las tierras por él conquistadas crezcan la ambición y la violencia, junto a la concordia y el amor?

(Un último golpe de torniquete deja al navegante extenuado.)

MONJE 2.— Este hombre depravado, que ha tenido especial astucia para ocultar su origen, no ha pretendido llevar a Cristo sobre sus hombros a la nueva tierra, sino que, con un plan largamente meditado, llevó a la herejía misma más allá de la tierra conocida, expandiendo el terrible poder del Malo. Sólo el fuego podrá...

COLÓN.— ¡No!

(El MONJE, que ordena en silencio, vuelve a hacer un gesto; todos se vuelven a él, se inclinan y comienzan a salir. COLÓN esta vez advirtió la presencia del MONJE.)

MONJE 1.— Será necesario, antes de emitir cualquier decisión, deliberar en soledad.

COLÓN.— ¡Todo en este juicio es una burla, una patraña, una burda comedia inventada por celosos, por intrigantes y mediocres.

(El MONJE 1 desata a COLÓN, que cae arrodillado. Finalmente, quedan solos COLÓN y el MONJE, a quien obedece la Inquisición. COLÓN avanza hacia él, pero antes de llegar aparece MARCO POLO.)

POLO.— No temas, Cristóforo. La Historia sabrá vengarte.

COLÓN.— *(Sin sorpresa, casi esperando la aparición.)* ¡La Historia! Para mí la Historia se acabará en el instante de mi muerte. ¡Qué me importan los homenajes cuando no pueda recibir personalmente los aplausos!

POLO.— Te falta fe.

COLÓN.— Y a ti inteligencia.

POLO.— Eres un hombre desconcertante.

COLÓN.— Y tú un pobre iluso.

POLO.— ¡Colombo!

COLÓN.— Te admiré de niño, te superé de joven, te olvido de viejo. Vete, ya no me sirves.

POLO.— No sabes lo que dices.

COLÓN.— ¡Fuera!

(COLÓN grita a MARCO POLO, pero sin apartar la mirada del MONJE. POLO sale. El MONJE se quita su capucha y muestra su realeza. Es FERNANDO. COLÓN asiente confirmando con el gesto su presentimiento y lentamente, casi con ostentación, se sienta en el suelo.)

COLÓN.— Permitid que permanezca sentado. Levantarme sería descubrir vuestro incógnito, y yo siempre procuré complaceros.

REY.— Irrespetuoso, soberbio, rebelde... Cuatro años no cambian a un hombre como vos.

COLÓN.— Ni cuatro años ni un mundo veinte veces mayor que el que vos gobernáis.

REY.— ¡Navegante!

COLÓN.— ¡Llamadme Almirante! Lo soy de la mar oceana por méritos propios.

(La REINA hace su aparición.)

REINA.— ¡Por mi gracia! Vos no seríais nada de no haber querido yo ayudaros. Las Indias me pertenecen, son mías, e incluso vuestra infatuada persona.

(COLÓN, estupefacto, comprende que no hay mujer ante su presencia, sólo la REINA mística le habla. Dolorosamente, sin perder su ironía, contesta.)

COLÓN.— Majestad, Cristóbal Colón ya no os pertenece: La Historia, ¿recordáis?, se ha hecho dueña de él. Y si vos permanecéis en la memoria del mundo, será como la reina de España en tiempos de Colón.

(El REY avanza furioso.)

REY.— ¡Colmáis la paciencia de un santo...!

(La REINA le detiene.)

REINA.— En el juicio hemos querido demostraros que podéis ir a la hoguera por tres motivos diferentes.

COLÓN.— ¡Tres motivos falsos!

REINA.— ¡Qué mas da! ¿Quién habrá de discutir la decisión del Rey, de la Inquisición y del fuego?

COLÓN.— ¡En nombre de la justicia...!

REY.— ¿Todavía tenéis aliento para gritar? ¿Tanto puede el miedo a la muerte?

COLÓN.— Matadme y entraréis en la Historia por la puerta de los réprobos, comparados con Caín, con Judas, con...

(Tose. Le acosa la fatiga. El REY se saca el hábito. Viste de negro, sencillamente, como la REINA. Ambos se miran y luego vuelven a COLÓN.)

REINA.— Navegante, dejad de interpretar a Cristóbal Colón; dejad caer los bastidores en los que apoyáis esa personalidad.

COLÓN.— ¡Soy Cristóbal Colón!

REINA.— ¡Sois un espejismo para mi pueblo!

COLÓN.— *(En un gemido.)* Soy... Cristóbal Colón...

(Tras una pausa, los REYES acusan la derrota de COLÓN. Sonríen veladamente).

REINA.— La política de Indias ha sido tan desacertada que el pueblo ahora y la historia después piden un responsable. Quienes han producido los desórdenes son gente en quien nadie repara. Castigarles a ellos no sería suficiente.

COLÓN.— Comprendo: necesitáis un reo conocido, el hombre más ensalzado para que al hundirlo podáis decir: la soberbia llevó a este hombre a la ambición, muera con él la ambición y la soberbia y quede a salvo el honor de España.

REINA.— Nunca me decepcionó vuestra lucidez.

COLÓN.— ¡Qué gran justicia la de los reyes de España, que no dudan en castigar a quien antes ayudaron! ¡Ahora ya sé qué papel me ha tocado ejercer en la historia!

REY.— ¡El mejor sin duda! Tuvisteis un momento mágico y suspisteis aprovecharlo. Todos os apoyamos en la empresa. *(La REINA hace señas e introduce a los cortesanos ricamente vestidos en la escena. Hay un aire de danza de la muerte.)* Pero no os bastaba el triunfo; también queráis que el triunfo se sometiera a vos, y no vos a él. Cuando llegasteis al final de vuestro viaje os disteis cuenta de que ya no podíais avanzar más, de que vuestra vida había cumplido su objetivo y todos os pedíamos quietud. Pero no supisteis aceptar esa muerte convencional en la que se apoya todo gobierno y decidisteis volver a la lucha para saberos vivo. Si vuestra misión es hacer girar el mundo *(Todos se detienen.)*, la nuestra es detenerlo. No os hemos subido al Olimpo para que desde allí nos arrojéis piedras. Necesito antorchas que iluminen, no que quemem. *(Con desprecio.)* Tenéis poca capacidad para el sacrificio.

COLÓN.— ¿Qué decís, majestad? He tenido que soportar el escepticismo de los poderosos *(COLÓN se mueve entre las hieráticas figuras)*, las burlas de los sabihondos, las envidias de los mediocres, la mortificación de saberme poseedor de una verdad que era repudiada por banales cortesanos, ignorantes astrólogos y sacerdotes temerosos de que les fuera arrebatado su poder. ¿Y vos decís que he tenido poca capacidad para

el sacrificio? (*Se ha enfrentado a la REINA.*) He mendigado pan y afecto, abandoné la tranquilidad de mi hogar, vestí harapos, perdí amigos, me enfrenté a la muerte que cada día se presentaba ante mí bajo forma de duda y desesperanza. ¿Sacrificio decís, Majestad? Nadie más solo que yo, frente a todo un mundo, apoyado únicamente por el fanatismo y creyendo sin embargo que me empujaba el amor. (*Se vuelve al REY.*) ¿En nombre de qué sabiduría os atrevéis a pensar que mis acciones no eran fruto de mi fe?

(Todos entran en la danza suavemente mostrada.)

REY.— No os engañéis, navegante: tanta adversidad elevaría a la santidad a cualquier hombre, a cualquiera, pero no a vos. Para vos lo fácil era eso, luchar, porque vuestro espíritu es de condición aventurera. Sirviendo los impulsos de vuestra naturaleza os limitasteis a ser esclavo de ella, y cuando la historia os hizo entrar en su sala, no soportasteis la reclusión y huisteis de lo difícil que era quedarse. Hay que dominar la naturaleza, ¿no lo recordáis? «Y su dominio será de mar a mar. Zacarías IX-10.» Pero no, os engañabais frente al espejo de la cobardía. «Yo no soy de este mundo cortesano —argumentabais—, lleno de tanta refinación como inhumanidad, y por lo tanto me alejo de él». Pero decidme, navegante, ¿en qué medida no habéis contribuido a crear ese mundo que ahora despreciáis?

REINA.— Lo noble era, con humildad y esperanza, luchar para rectificar y construir. Para encontrar nuevas tierras se necesita intuición y suerte; pero para hacerse acreedor de lo descubierto es preciso algo más que los dones naturales. Descubristeis nuevas tierras como esas madres que tienen hijos y luego los abandonan a su suerte. Lo digno no es sólo parir, sino educar.

COLÓN.— ¡Cada cual lleva consigo un rey y un pordiosero!

REY.— ¡Bravo! Santa humildad. Cuando menos aceptáis la existencia en vos de una condición miserable.

COLÓN.— La grandeza del hombre le nace de su propio miedo.

REINA.— ¿Y cuál es el temor, navegante? Decidnos. ¿De qué tenéis miedo?

COLÓN.— El temor se vence con la esperanza.

REY.— ¡Frases! ¡Frases brillantes de libros que nunca leísteis! ¡Haced callar de una vez a Cristóbal Colón y que hable de una vez el hombre!

COLÓN.— ¿Y qué importa que no sea por naturaleza lo que con mi esfuerzo he ganado? ¡Soy libre, libre para elegir mi destino!

REY.— ¡Os creísteis libre por cometer acciones contradictorias que nadie esperaba de vos, y no sabíais, pobre demente, que esa libertad os ha esclavizado mucho más que yo. Os creísteis Dios por haber sabido aprovechar la situación política de España. Pero miraos ahora y comprended que por encima de vos, siempre ha existido alguien más.

(COLÓN eleva su mirada y ve de pie, imponentes, las figuras de los REYES rodeados por los cortesanos.)

COLÓN.— ¡No!

REY.— *(Violentándole, casi encima de él.)* Sí, navegante. No sois libre. Las circunstancias que creísteis aprovechar os esclavizan y nosotros somos ahora vuestra circunstancia.

COLÓN.— ¡No, no es cierto!

REY.— ¡Claro que lo es! Habéis sido una reata, sólo eso.

REINA.— Vamos, navegante, místico y oportunista navegante, portador de Cristo y de la paz; llevad ahora sobre vuestros hombros iluminados algo menos divino, pero más real.

COLÓN.— No, no, no.

REY.— ¿Era ése vuestro temor? Sí, era ése. Naturalmente, ¿cuándo lo comprendisteis? ¿Allá en las Indias?

COLÓN.— *(Vencido.)* Por favor, majestad...

REY.— Sí, fue allí. Allí comprendisteis que no era a Cristo a quien llevasteis sobre vuestros hombros, que no era a él a quien hicisteis cruzar los mares, que sobre vuestros hombros de ingenuo esclavo nos llevasteis a nosotros... *(La Corte ríe.)* A nosotros... ¡A nosotros!

COLÓN.— ¡No!

REY.— *(O todos.)* ¡A nosotros!

(COLÓN cae abatido y sollozante. Entra música suave que prepara el final. La CORTE inicia de nuevo su danza, guiada por la REINA.)

REY.— Y una última advertencia: vos sabéis que las tierras que se descubren pertenecen al capitán de la nave que llegue hasta ellas. En las capitulaciones que firmé para apoyar vuestro proyecto, la Reina me aconsejó que hiciera constar que se os daría el diez por ciento de lo que «ya habíais descubierto en la mar oceana». ¿Lo recordáis?

REINA.— Mi escribano sabe su oficio. Su letra es menuda, hábil para esconder los detalles principales.

REY.— En ese documento di por supuesto que ya conocíais el emplazamiento de las Indias, que las descubristeis siendo grumete de algún barco y que, por lo tanto, pertenecen al capitán que lo mandaba, y no a vos. Contentaos con lo que ahora queramos ofrecer os, o publicando el documento haré que perdáis todo derecho. Ante mi pueblo caeréis en desgracia, así quiero que se note y para ello emplearé cuantos medios de propagación sean necesarios.

REINA.— Pese a todo, deberá tener lo suficiente para vivir sin penalidades (*COLÓN mira a la REINA, esperando algún favor dada su súbita generosidad*)... No quiero convertir os en un mártir de la adversidad. Eso sí sabríais aprovecharlo. Sabemos de vuestra habilidad.

(La CORTE asiente.)

REY.— Y si intentáis rebelaros, utilizaremos cualquiera de los cargos de la Inquisición. Quiero que viváis en España sin lujos y atado. Ésa es la decisión del Rey.

REINA.— Quiero que viváis muchos años recapacitando sobre la soberbia de que hicisteis alarde al querer dominar el poder político con la sola fuerza de la juventud. Ésa es la decisión de la Reina.

LOS DOS.— Adiós... navegante.

(La música, que había subrayado los tonos más hirientes del parlamento real suena ahora plenamente. La CORTE empieza a vestir a los REYES con grandes capas y coronas, y les eleva en siales regios. La CORTE entera gravita sobre COLÓN.)

LA CORTE.— El error de quien triunfa es querer mantener

y cuando se está en la cumbre
sólo se puede caer

REINA.— No voléis tan alto (*en tono distinto a BEATRIZ*)
pues el sol os cegará
no voléis tan alto
y bajad.

REY.— Si voláis los límites
o alumbráis la oscuridad
si violáis los límites...

(*Acorde brutal.*)

LA CORTE.— Por el triunfo en leyenda
tú te puedes convertir
siempre que tengas buen tino
y no pretendas seguir.

(*El CORO se despoja de sus ropajes y cantando, ya como actores o MARINOS, recogen el decorado, dejando el círculo de luz donde las tres figuras del drama parecen estatuas de historia lejana.*)

TODOS.— Ser leyenda es estar muerto
y procura no vivir
o te juro que es muy cierto
que al final vas a morir.

COLÓN.— Creo en Dios Padre... Creo en Dios Padre... Creo...

(*Suena la música de la NATIVA.*)

REY.— ¿Qué dice?

REINA.— No sé. Reza.

REY.— Hace bien.

CORO.— La leyenda es algo hermoso
para hacernos olvidar
un suceso desastroso
que está aún por remediar.

(COLÓN es llevado casi a rastras sin dejar de decir las ya inútiles frases que aprendiera de una nativa.)

COLÓN.— Creo en Dios Padre...

(La escena es finalmente dominio absoluto del poder real. La música se pierde, y un silencio es el aviso del telón, que cae ante una desolada tramoya a vistas. Telón.)